

MIGUEL

BRIANTE

SAL HAMACAS

VOLADORAS

RTP



se

Miguel Briante nació en General Belgrano (provincia de Buenos Aires) el 19 de mayo de 1944, y murió allí mismo, el 25 de enero de 1995. A los diecisiete años ganó con su relato «Kincón» el Primer Premio del Segundo Concurso de Cuentistas Americanos (premio organizado por la revista *El escarabajo de Oro* y que compartió con Piglia, Rozenmacher, Gettino y Villegas Vidal).

Su primer libro de relatos fue *Las hamacas voladoras*, de 1964. En 1993 se publicó una nueva versión de su única novela, *Kincón*, originariamente aparecida en 1975. Sus otros dos libros de relatos, muchos de los cuales forman parte de antologías, fueron *Hombre en la orilla* (1968) y *Ley de juego* (1983).

Ejerció los oficios de periodista y crítico de arte con la misma lucidez que ponía en sus textos literarios. Aparte de los catálogos, artículos en revistas de arte internacionales y colaboraciones en medios como *La Voz*, *Artnif* y *Vogue*, entre 1967 y 1975 fue redactor en *Confirmado*, *Primera Plana*, *Panorama* y *La Opinión*. Entre 1977 y 1979 fue jefe de redacción de *Confirmado*, entre 1982 y 1984 fue jefe de redacción de *El Porteño*, y desde 1987 hasta su muerte fue redactor y estuvo a cargo de artes plásticas en *Página/12*.

Los artistas argentinos también recuerdan su paso por el Centro Cultural Recoleta de Buenos Aires, primero como asesor (1989-1990) y luego como director (1990-1993).



Miguel Briante

Las hamacas voladoras y otros relatos

ePub r1.0
Ninguno 25.02.15

Miguel Briante, 1964
Retoque de cubierta: Ninguno
Ilustración de tapa: Rep
Diseño: Alejandro Ros

Editor digital: Ninguno
ePub base r1.2



Los textos

Casi todos los cuentos de la presente edición fueron reunidos en un libro —*Las hamacas voladoras*— en 1964; todos —y eso incluye a «Sol remoto», de 1961, y a «Uñas contra el acero del máuser», de 1965, hasta ahora sólo incluidos en antología— fueron escritos en esa lonja que va de mis 15 a mis 21 años. Las fechas permitirían al lector clavar estos textos en esa convención generacional que ahora se llama «los 60», y perdonar que el autor de hoy día le perdone al autor de aquellos tiempos algunas rotundas ingenuidades o audacias que se ampararon, entre otras lecturas, en los (españolizados) «calembours» y el irresistible montaje del monólogo interior con la tercera persona del *Ulises* de James Joyce.

Borges me dijo una vez que su mejor cuento era «La intrusa», porque «casi no contenía ninguna confesión». Creo que en aquella época de los 60, «todos confesábamos». Todos —menos los que en ese tiempo publicaban en los tranquilos suplementos dominicales de la tradición y la propiedad— escribíamos libros más o menos urgentes, en los que lo autobiográfico se entreveraba con todo aquello que aprendíamos. De ese aprendizaje furioso, de ese impulso que nos hacía escribir los cuentos de un tirón, quedan rastros —a lo mejor simplemente antropológicos— que, en lo que me toca, prefiero no borrar con la mirada de 25 años después.

De entre todos estos cuentos que ahora noto más bien crispados, extraño la tranquilidad de «Capítulo primero», que publiqué por primera vez en 1963. «La tela», debo aclararlo, se publicó en el 64 con el título de «El lienzo», como cuadraba al inquieto y juvenil aliento metafísico que lo hunde o lo salva, no sé. Mujica Láinez, en una carta donde elogiaba sobre todo ese cuento, me reprochaba la «deliberada intención de hacer trabajar al lector» que «trataba» a «El héroe» y a «Otro héroe». Poco puedo agregar a líneas anteriores sobre esos textos que alguien pudo marcar como experimentales: en su construcción entraron, seguro, además de Joyce, el cubismo y el cine, con sus cruces entre diversos espacios y tiempos.

Esos artificios técnicos —que, tal vez, ahora disimularía bajo una apariencia de normalidad— se convierten casi en una materia del relato en «El triángulo» —cuento en el que subyace un Cortázar que yo no había leído, pero algo andaba en el aire— y en «El embudo». Declaradamente literario, «Kincón» prohíbe no hacer declaración de Borges; lo mismo para «Sol remoto», que nació de una frase de Joyce sobre las estrellas extinguidas y no elude cierta proximidad con la ciencia-ficción.

Miro con indulgencia el acotado rencor vindicativo de «Las hamacas voladoras», y pienso que ese afán justiciero alcanza buena parte de aquellos años, aquellos textos, aquellos hombres. El empacado cordobés de «Uñas contra el acero del máuser» bien pudo ser el guachito de «Las hamacas». Pero a esta deducción sentimental debe suceder otra, necesaria: ese ineludible relato sobre «la colimba» —quién no

tenía uno, escrito o por escribir— no tiene mucho que ver con lo que pudo escribirse después —ahora— de 1976.

Buenos Aires, 10 de marzo de 1987.

Miguel Briante.

Las hamacas voladoras y otros relatos

Capítulo primero

A Jorge Cedrón

No había esperanzas: lo dijo mi abuela, mientras comíamos. Mi tío se limitó a mover la cabeza, en un gesto ambiguo casi torpe. El efecto de esas palabras iba a resucitar recién al rato, en un sollozo de mi tía. Intentó disimularlo con otro ruido semejante, que salió de su nariz; hasta usó el pañuelo. Pero fue inútil: yo advertí que luchaba para no llevárselo a los ojos. En ese momento hubiera necesitado saber qué pensaban. En el patio, de pronto, las escenas volvieron, una a una, mientras mi tío, al pasar, me acariciaba. Traté de apartarlas, retrocediendo hasta el lugar donde se acumulaba mi rabia. Sobre todo, me enfurecía que no se animaran a decírmelo, y anduvieran con palabras o gestos raros, como cuando jugaban a las barajas. Tu papá —había dicho la abuela— está muy mal. Pero nada más. Nadie me decía por qué ahora pasaba todo el tiempo con ellos. O por qué a cada rato volvían las escenas: papá que tardaba en llegar; mamá, diciéndome: Vamos a buscar a tu padre. Pero no, no era así. Dijo: Andá a buscar a tu padre. Era la una de la tarde, en verano. Nadie, por la calle. El pueblo, a esa hora, estaba siempre quieto: seguía así hasta las cuatro. Antes, estaba ese pequeño mundo de la siesta: la payana en el umbral del negocio, los viajes en el carro de Don Juan, o las charlas en el vagón del ferrocarril, sobre la vía muerta. Caminé dos cuadras: en el bar, tras la vidriera, vi a papá, tumbado sobre una mesa. Entré. Papá —dije—, vamos. Le toqué el hombro. Más allá de la mesa, no había nadie. El dueño quería cerrar. Llévatelo de una vez, estaba diciendo, con la mirada. Vamos, repetí. Entonces, papá levantó la cabeza. Nunca supe cómo, por qué, pero en los ojos había algo, una especie de señal, o de aviso. Miraban con una intensidad distinta, tan distinta que yo sentí miedo. No —dijo con voz decidida, una voz que nunca usaba al hablarme—, no, dejame, no voy. Y me rechazaba con la mano, con los mismos ojos que volvían a ocultarse mientras se derrumbaba sobre la mesa hundiendo la cara entre las manos.

—Qué tenés —me preguntaron—, nene, qué tenés.

Había vuelto a entrar en la cocina: lavaban los platos. Tuve ganas de contarles todo: sentí calor en la cara y que estaba a punto de llorar. Salí: caminaba hacia la quinta, mientras recordaba cómo, después de haber sacudido una vez más a papá, éste había repetido que lo dejara, mientras Don Pedro decía, saliendo de atrás del mostrador: Está bien Vicente, es hora de comer, hacele caso al pibe, andate. Y eso también me había dado rabia: que ese hombre le volviera a decir Vicente andate, y lo agarrara por los hombros, como mamá hacía conmigo, y lo arrastrara hasta la puerta. Rabia, que papá no se parara solo y

le dijera que se iba porque quería, que no necesitaban arrastrarlo. Pero sólo murmuraba palabras incomprensibles. Después, papá, se dejó resbalar hasta el suelo, apretando la espalda contra la pared. Y yo sentí un dolor extraño, en algún lugar de mi cuerpo. Pero no el mismo dolor de siempre, no esa especie de vergüenza que soportaba todos los mediodías, cuando lo ayudaba a volver a casa. Lo demás —el pueblo, la gente en la ventana— no existía, se había ido borrando hasta quedar nada más que yo, ahí, sobre papá, que era un ovillo desarmado, en el suelo. Tenía miedo y buscaba, sin saber por qué, sus ojos.

Y ahora, para colmo, eso: tres días en casa de la abuela, sin ver a papá. Mamá había venido una sola vez. Además, en la mesa, todos estaban serios: cuando hablaban, era para decir cosas que nunca entendí del todo. Y me miraban, todo el tiempo me miraban. Después, mi abuela y mi tío me hablaban suavemente, me decían: Mañana vas a ir a casa; me decían: Anda a jugar a la quinta. Pero de papá, nada. Como si no existiera, como si no me acordara de que tres días antes yo estaba repitiendo: Vamos, papá. Y él contestaba: No, Pablo, anda a casa, dejame. Anda con mamá, a casa. Y yo decía: Vos también tenés que venir a casa, la comida está lista y mamá está esperando. Y lloraba. Como lloraba, también, al volver, solo, y después, cuando veníamos con mamá y lo vimos, de lejos, acercarse tambaleante, apoyándose en las paredes y haciéndonos señas con las manos: un ademán grotesco para señalar que lo esperáramos. Pero seguimos caminando, corriendo cuando lo vimos derrumbarse en mitad del asfalto, al cruzar la primera calle. Tenía sangre en las manos cuando lo levantamos. Quise decir algo; mamá tenía la misma cara apagada de siempre, sólo un temblor en los labios y apenas los ojos un poco más abiertos, un poco más asustados. Pero no hablaba. En el umbral de casa papá había vuelto a caerse. Se quedó ahí: hablando. Al bajar los ojos, encontré los de mamá: sus dos rostros unidos, casi debajo mío, tenían una mueca parecida, casi idéntica. El mismo gesto: volví a tener miedo y ese dolor, en algún lugar de mi cuerpo. La mirada de papá era la misma que había visto antes, en el bar. Y ahí estaba, otra vez, esa sensación extraña.

Caminaba por la quinta. Tenía ganas de contarle todo eso a alguien, en voz alta. Decirle que mamá me mandó a comer: la mesa estaba detrás del negocio, oculta por un tabique. La comida se había enfriado y el ruido de los cubiertos, cada vez más lento, más apagado por mi propia angustia, tenía algo de triste: como a la noche, cuando sonaban las campanas de la iglesia. Lentamente, todo iba achatándose, reduciéndose al silencio. Las cosas habían resuelto inventar una nueva calma. Me sentí flotar, envuelto en una capa transparente que no dejaba pasar ningún ruido, como en los sueños. Y de pronto sucedió eso: mamá dijo —y su voz fue repentina, como un latigazo sólo atenuado por la distancia—: Vicente, por qué tomas. Y en seguida, como si comprendiese que era demasiado dura, agregó en tono dulce otras palabras. Pero ya estaba hecho: papá había estallado y pude adivinar que intentaba pararse. Mientras, gritaba que lo dejara tranquilo y yo sentía, detrás del tabique, cómo ella trataba de calmarlo; imaginaba la lucha que estaban entablando casi en la puerta del negocio, mientras los gritos crecían, los insultos roncós, las voces que no hubiese querido escuchar. Y presionaba sobre mis orejas con los dedos, continuamente, hasta que llegó un ruido más fuerte que los otros. Cuando aparecí, papá estaba en el suelo: en el primer recuadro de la puerta, por sobre su cabeza, había un hueco y sangre, deslizándose por el vidrio astillado. Mamá le sostenía el brazo: en el brazo, bajando desde el puño apretado, también había sangre. Y él decía que lo perdonara. Ella decía sí, está bien, Vicente, ahora vamos, tenés que dormir. Y él decía eso. —

Perdoname.

Sentado sobre el pasto, veía moverse las cañas, lentamente; aleteaba un viento silencioso en la siesta. De pronto, una calma conocida, anterior, había ido rodeándome. Sentí ganas de llorar y lo hice silenciosamente, hundiendo la cara entre las manos, esperando que alguien viniera y me encontrara así. Pero no pasó nada: ya no podía esperar explicaciones de nadie. No me vieron cruzar el patio, abrir la puerta de alambre. Cuando pasé frente a una ventana, oí hablar a mi tío. Me quedé quieto, con peligro de que volvieran a encerrarme. Sí, decía, está peor que otras veces. Y volvió a repetir que ya no había esperanzas. Después, las voces se alejaron, hacia el interior de la casa. Seguí caminando. Había barro, en la calle; había un rostro de mujer asomado a una ventana del colegio de monjas. Pero, también, estaban ahí las escenas, mostrándome cómo papá volvía a levantarse trabajosamente, mientras lo ayudábamos. Y después, la siesta. Yo trataba simular que dormía; papá, vestido, estaba tirado en la cama grande. Como en sueños oí entrar a mamá. Abrí los ojos: ella me miraba, silenciosa y triste, como si quisiera decirme algo. Vino hasta mi cama y cuando abrió la boca comprendí que había ocurrido algo — una especie de trampa—, porque dijo que me vistiera, que me iba a llevar a casa de la abuela.

Ahora volvía. La abuela, mis tíos, todo estaba atrás: faltaba poco y nadie me había detenido. Al llegar a la cuadra de casa vi el carro de Don Juan, avanzando lerdamente, como si viniera a mi encuentro. Después, un grupo de gente, rodeando algo, frente a casa. En el mismo instante en que empezaba a correr sentí el ruido de un coche que se ponía en marcha. Recordé, de golpe, las palabras de mi tío, los ojos de papá. Seguí corriendo y me metí entre la gente. Un coche blanco, alargado, tal vez el mismo que yo viera muchas veces, frente al hospital, había llegado a la esquina, doblaba, perdiéndose de vista. Entonces vi a mamá: estaba en medio de la calle, con los brazos apretados al cuerpo. Avanzó hacia mí y me puso la mano en el hombro. Sobre el ruido del motor, que se alejaba, el sonido de la sirena, vertiginoso, comenzó a crecer en la distancia.

El héroe

La fueron haciendo de a poco: trabajaron —sintió— como bestias. Apenas pudo imaginar sus cuerpos lentos, uniformados. O a lo mejor se quitaron el uniforme. Pero oyó los golpes: repetidos, repetidos, constantes contra la madera. Contra mi cara. Los martillos en sus manos: tuvo ganas de reírse. Se contuvo pero los ruidos seguían: alguien le hablaba. Contra mi cara ruidosamente.

—Va a quedar linda, ya vas a ver que...

Qué voy a ver, pensó. Todavía suman los errores: no se acostumbran. Es un poco como si la lástima tuviera fondo, más amargo que la misma lástima. Como antes, cuando ya estaba así y los sentía entrar con el diario y decir mira lo que salió acerca tuyo y yo quería mirarlos y me pedían perdón.

—Perdón.

Dijo el otro. Pero él no había protestado en voz alta. Ahora pica el sol: sudan. Después —ahora están pensándolo, pensó— la van a llevar frente al hospital y la van a armar (oficio para militares retirados, se hacen casillas y se colocan a domicilio). Después mi cara será una especie de naturaleza muerta con marco lustrado, y todos, hasta los enfermos, podrán verme.

—Fontanares —dijo la voz seca.

Tendió la mano hacia el lugar exacto. El hombre dijo no, éstos son Particulares. Búsquelos, pensó, pero no lo dijo y siguió arrastrando la mano lentamente mientras trataba de ubicar el lugar, con la memoria. Mientras imaginaba, también, los ojos del tipo clavados en el paquete de Fontanares, después en sus manos, ahora en sus ojos. Es una payasada, pensó: sírvaselos por favor. Lentamente contó el dinero: un papel grande, de diez pesos. Otro igual. Abrió la caja y buscó dos monedas pesadas: dos de vuelto, señor. Pero no se lo dijo a nadie, se lo gritó a los pasos que se alejaban por la vereda del hospital, que ahora —tal vez— subían la escalinata.

—Va a quedar linda, falta armarla, después...

Quiso escuchar y el sol seguía picando: todavía sudan, pensó. Dijo algo: galones, chaquetillas. Le respondieron que no, que estaban trabajando en camisa, algunos en camiseta. Esto a lo mejor no lo dijeron pero él lo inventó: brigadieres. Ofiches, apenas, como dicen en Palomar, como nos llamábamos entre nosotros, en el Casino. Porque los brigadieres no pueden andar en camiseta y usar un martillo, dijo casi en voz alta, pero la voz del martillo sobre la madera (sobre contra mi cara, de golpe sintió los golpes) le tapó la voz. Alguien empezó a hablar de brigadieres. Era Lucho: dijo que aquél no porque era un atorrante, él que hace falta. Mantener el prestigio, como lo mantuviste vos, te acordás, viejo.

Y quizá le estuvieran hablando a él.

Pero nunca supo del todo cómo era la cosa. A veces pensaba que se reían, que lo tomaban en broma, que los diarios no dijeron nada, nunca. Igual que la radio, que no lo había dicho más que una vez, en un

informativo. O habían transmitido la ceremonia aquella: no sé. Pero si hasta la televisión, pensó, no hace mucho: los ojos me ardían contra los párpados y sentí calor en la cara. Era el foco. Además, oí el ruido del estudio, los pasos. Alguien dijo un discurso y después no pude hablar porque estaba emocionado. No puede ser un engaño.

—Papá —había dicho antes Cristina—. Papá, suerte.

Era chica y no entendía pero igual le deseaba suerte: por entre los ojos azules, por entre la maraña rubia que le desordenaba la cara en mechones. Fue fácil pensar en ella hasta que la ciudad estuvo abajo, oblicua y de alguna manera sobre él, gravitando peligrosamente mientras el avión apuntaba hacia abajo y él pensaba cabellos-rubios-papá-suerte. Suerte, les dijo como les había dicho antes. Pero él ahora iba con ellos en el camión. Antes no. Aquella vez, simplemente, los había sentido doblar los papeles, atravesar el jardín, abrir la puerta, subir al coche que tenía el mismo ruido del camión al que están subiendo. Pero ahora llevan grandes tablas armadas y aquella vez eran dibujos que al principio eran grotescos pero que ella, Cristina, había pasado en limpio.

—En el rincón de abajo, a la izquierda, qué dice, papá.

Se lo dijo. Aunque ella era más grande ahora: entendía.

—Son letras. A, be, ce, efe. Quieren decir...

—No importa, papá, no me digas, ya las puse.

Después los llamó y vinieron a juzgar su invento: perfeccionar las ametralladoras de los aviones Mentor T34 para seguir manteniendo el prestigio, pensó ahora, mientras estaba subiendo al camión, es decir cuando definitivamente el prestigio había terminado por gastarse, como un traje muy usado. Ellos aprobaron a coro en la habitación silenciosa, como gallinas contentas de tener un gallo inútil (pero, de alguna manera, prodigio) que de pronto se despertaba y era capaz de seguir cacareando.

En el amanecer la ciudad estaba más cerca, más baja. La primera pasada, como para que se fueran despertando. Después pensó: Cristina buena suerte papá ella no entiende. No sabe que es cuestión de habilidad, no de suerte. Estaba cerca: la casa rosada —lo vio así; de un ramalazo, simplemente— en el borde del río. Caserío-plaza-libertad, pensó. Era como acordarse, convencionalmente, del veinticinco de mayo: pero muy convencionalmente: como un capricho. También se acordó de muchas cosas: del casino de oficiales y de las conversaciones acerca de la vieja idea (la misma idea que ellos se llevaron después, en el papel, para ponerla en práctica, desarrollada en los dibujos que Cristina había pasado en limpio), porque él ya había pensado que podía pasar eso, que las ametralladoras no eran perfectas. Y sentía miedo, extraño, profundo: siempre ese miedo que había que tapar con habilidad, con meticulosidad, pensaba.

El motor, de pronto; se detuvo. Crecieron las voces y una mano le tocó el hombro. Era Lucho, oficial, al sol —imaginó—, en camiseta. Le había dicho él mismo, Lucho: que todo marchaba bien, que las ametralladoras eran segurísimas desde que le aplicaran esa innovación que él había continuado rumiando lentamente —después de lo de la plaza— en la constante oscuridad a la que apenas llegaba, durante ese tiempo, la voz de Cristina. Ella era más grande, eso la ayudaba a entender, aunque —intentó recordar si ella lo había dicho o él había imaginado que ella lo pensaba— hubiera preferido no entender. Lo ayudaba, le preguntaba qué letra estaba en tal lugar, entre tal vértice, hasta que encontró los diarios, creía, con las fotos y los textos donde se contaba la hazaña y la desgracia, y empezó (Cristina) a alejarse un poco. Y terminó por hablarle nada más que lo necesario, después, cuando vio una foto —alguien le contó que ella la había mirado sin decir nada, durante un rato— que él no había querido mostrar nunca, hasta que tuvo que sacar ésa donde el brigadier (brigadieres en camiseta y con el martillo en la mano, ni

los brigadieres retirados, pensó: sólo para ofiches), el brigadier me entregaba la medalla.

Lucho dijo que ya estaban frente al hospital. La vas a pasar piola, dijo. O fue otro: pero la estaban armando. Los golpes subían en la vereda, seguramente entre los tipos curiosos que se habrán parado a mirar, iban hasta él (hasta mí contra mi cara los golpes rebotan y se extienden y de pronto tienen forma precisa): pero son martillos y seguro que la casilla ya está casi en alto. Todo es rápido. La prepararon en casa y ahora es fácil armarla. Me ayudan. Silenciosamente me ayudan pero tal vez es un engaño. Tal vez todos están, siempre estuvieron riendo. El marco lustrado y yo adentro, como en una caja, como una fruta seca en un cuadro.

Eran las doce. Había sobrevolado toda la mañana. Abajo ya había hormigueo: la ciudad estaba totalmente despierta y de pronto se olvidó Cristina-ella-no-entiende, pensó en el avión, en la ametralladora. Sintió, como si él tuviera fondo y en ese lugar oscuro estuviera el miedo, esperando, una certeza. Suerte pa. Cortó. Es cuestión de habilidad, se dijo. Apretó el bastón de mando, lo volcó hacia adelante y el avión arrancó furiosamente hacia abajo, antes de que llegara la voz que decía avión-ecosenta y cuatro-baje-sobre-la-plaza. Sobre la plaza la gente empezó a moverse y alzaron los rostros mientras una sombra —la mía pensó ahora, había pensado también aquella vez—, una cruz deslizante caía sobre ellos. Pasó la primera vez sin disparar: algo, el miedo-certeza, repentino, se lo impedía. Entonces fue el principio de lo magistral: fue hacia el río, la punta del avión se elevó, tapó el agua; tapó el horizonte, tapó el cielo y volvió hacia la ciudad, cabeza abajo; como para tapar o hacer caer el miedo del pozo. Se mantuvo unos metros así, en caída y con la plaza casi encima: hizo el movimiento en tirabuzón, quedó horizontal, normalmente cubriendo la plaza donde la gente se agrupaba; y él estaba pensando que se divertía, como en una función de acrobacia.

Continuaban las voces. Se preguntó nuevamente si estarían en camiseta e imaginó una armada nacional de verano: los oficiales sudorosos, con los galones bordados en liviano hilo de nylon a la camiseta, o pintados en los hombros. Lucho le hablaba: como aquella vez decía que todo estaba listo.

—La vas a pasar bien. Imaginate, además de la pensión, que no alcanza, claro, esto...

Y esto, antes había sido el resultado del invento: las ametralladoras con la innovación. Es decir la cuota que, además de la pensión, te va a pasar la aeronáutica. Y esto, ahora, era la casilla, frente al hospital, los paquetes de cigarrillos en fila. Había tratado de imaginarlos: en una caja, al costado, en fila y con una señal que los identifica. Salvo cuando ponía las cosas mal y cambiaba Particulares por Fontanares. Mejor dicho; no él sino los repartidores, cuando él les indicaba: pónganlos ahí, después de oír el nombre. Y el ruido, a veces, de lejos, lo golpeaba: Y nuevamente estaba dentro del ruido, mientras la inmensa cruz negra se acercaba, abajo, después del tirabuzón y él pensaba en las balas que deberían estar saltando. Y le volvían a dar la orden:

—Fontanares.

Y disparaba Particulares. Alguna vez, pensó, incluso, en un engaño total; no hay paquetes; los repartidores y los clientes son los mismos, ellos y sus subordinados: cambian las voces, vienen, tiran los veinte pesos, dos de vuelto señor pero se lo dijo a los pasos que se alejaban por la vereda, que ahora quizá están subiendo por la escalera del hospital y el ruido de los pasos crecía golpeando contra mi cara, brutalmente, como aquella vez, sobre la plaza, cuando la negra cruz terminó de arrastrarse y él apretó el gatillo, decididamente, sobre la multitud que se amontonaba rodeando la Pirámide de Mayo, ensuciándola con sus gritos, haciéndole ver de qué modo era necesario que él salvara el prestigio, limpiando la patria

de carroñas como todos esos tipos, ése de overall, por ejemplo, que acababa de pasar hacia atrás, allá abajo, con una mueca desesperada, apretándose el pecho con las manos, seguramente cayendo mientras él seguía aferrado a la ametralladora, manejando los comandos con una fría sed de justicia que lo hace dar otra vuelta, reducir la velocidad, virar un poco y perseguir por Avenida de Mayo, como un pájaro de paseo, a ese grupo de gente aterrorizada, a esos gallinas que huyen inútilmente porque ahí está él, apuntándoles desde arriba, haciéndolos, despatarrarse con un gesto inconcluso, cómico, de todo el cuerpo, mientras seguramente maldicen pero ya no tienen ganas de protestar contra nadie, de defender ningún régimen, y caen, mientras él aprieta el gatillo y entonces la ametralladora falló y las esquirlas del instrumento roto saltaron hacia atrás, brutalmente, y él no obstante pudo dominar el avión, bajar en Punta Indio o en el Uruguay, no me acuerdo, moviendo los mandos automáticamente, mientras todo se iba poniendo cada vez más oscuro y él seguía pensando, descubría en ese instante que le iban a dar la medalla, que iba a salir en los diarios, en la foto que vio (que él no hubiese querido que viera) Cristina, sacada desde un edificio alto, heroicamente, mientras él todavía estaba sobre la plaza y el cuerpo único de la gente se desgarraba, allá abajo.

Sol remoto

Acabo de arrojar la caja al fondo del barranco. Percibo, aún, como un eco, su ruido metálico al chocar, allá abajo. He vuelto a la casa y ya no me queda más que rondar por ella, esperando vanamente encontrarlo en cada recodo del corredor, en cada puerta, o sentarme en la oscuridad a repensar los hechos, a atar y desatar las imágenes, gastadas por el incesante (e inútil) empeño de ser recuperadas con exactitud. Sólo hay fugaces, amontonados momentos apenas perceptibles. Ningún símbolo premonitorio puedo hallar antes: nada. Todo se empeña en partir desde su aparición en mi vida (aunque ahora sé que hubo un antes tan intangible que no llegó a habitar mis recuerdos), desde esa noche, cuando llegó a la pensión y pidió una pieza.

No había mucha luz, y lo primero que me sorprendió fue su voz: profunda, penetrante. Pregunté su nombre y dijo que no lo recordaba, que tal vez nunca lo había tenido. En ese instante algún objeto dejó de hacer sombra y vi su cara: era un borrón, una nube indefinible. Tuve miedo; presentí algo monstruoso. Pregunté la edad y dijo que no tenía; describió una escena: un parto silencioso, en la noche, justo en el límite de un día indefinido, cuando las agujas permanecían estáticamente en las doce. Después dijo que tenía conciencia de lo extraño de su voz, de lo difuso de su rostro. Dijo que estaba solo y que sobre él tenía que cumplirse algo; desde hacía mucho tiempo buscaba a la persona que debía ayudarlo. Yo contestaba cosas, temía aún pero algo más fuerte me obligaba a indagar su historia. No sé si me lo pidió, pero me uní a él: atada por un inasible horror (algo como la sombra del horror) no pude dejar de seguirlo, de alentarlo en la búsqueda, y sentir que todo iba acercándonos.

Hasta que llegamos a esta quinta. Arriba, allá, hay una cúpula, una especie de observatorio. La primera vez recorrimos la casa juntos. Recuerdo, todavía, que en los corredores su voz se hacía aún más precisa, más penetrante. Recuerdo, también, que al subir las escaleras su ropa (porque nunca pude ver su cuerpo) temblaba. Se apresuraba en los escalones, ansioso. Y yo quería que él tuviera rostro y lo imaginaba sonriendo mientras lo veía tender la mano hacia la pequeña puerta de hierro que da a la cúpula, al fin de la escalera. Recuerdo que entramos, que después de abrir la puerta saltó adentro como si hubiera reconocido algo, que miró hacia arriba (hacia las estrellas), que se quedó quieto un instante: cuando se volvió hacia mí, fugazmente, vertiginosamente, el borrón se convirtió en un rostro hermosísimo, irrecordable, que se desvaneció en seguida. Tuve, lo sé, miedo. Como si la costumbre adquirida en días y días de mirar su cara borrosa se anulara de golpe, creando otra vez el horror del primer instante. Después bajamos las escaleras y pasó el tiempo y yo no volví a subir a la cúpula. Él, en cambio, pasaba allí casi todo su tiempo. A veces, sólo a veces, me hablaba, anunciándome algo oscuro. Una vez nombró una caja en la que había encontrado muchas cosas. Me dijo, también, que de noche escudriñaba las estrellas; que miraba, sobre todo, la luz de un sol remoto. Agregó, esa vez, otra, no

recuerdo, que ya creía haberlo hallado todo, que ya estaba cumpliéndose su verdadero destino. Sí, eso fue una tarde, mientras miraba el jardín; después no volví a verlo durante mucho tiempo, semanas, creo. Sólo oía su voz, de tanto en tanto, al subir la escalera y acercarme a la puerta de hierro, temerosamente, preguntándole algo. Recuerdo (fue hasta hace muy poco) que yo pasaba las noches en la escalera, y también los días, confundiéndolo todo, envejeciendo visiblemente, sabiendo que de un momento a otro podía necesitarme. Y sentía, de golpe, que lo que me unía a él era más exacto, que la atracción era más definida y monstruosa. Impulsada por algo inexpresable (la sombra del horror convertida en sombra de otra cosa, tal vez) imaginaba incesantemente su cuerpo difuso, su rostro. Ese rostro fugaz y hermoso que había reemplazado, bajo las estrellas, a la nube oscura.

Anoche, con voz más rara que siempre, me llamó. Entré: sobre la mesa, bajo el techo abovedado de la cúpula, se amontonaban libros, cálculos, aparatos extraños, mapas de las constelaciones. Arriba, por sobre la penumbra (y eso lo sentí de pronto), las estrellas, el sol remoto controlaban todo. Entonces fue cuando dijo aquello, antes, muy poco antes de que sucediera lo otro. Tengo que morir, dijo. Tengo que morir porque ya encontré mi verdad: ya sé que todo estaba dirigido hacia esa bóveda, hacia esta vigilancia lejana. Hay un extraño impulso, un mandato que pesa sobre mí y me ordena todo esto, decía, lo recuerdo, y en la penumbra se acercaba a mí, o yo me acercaba a él, y nos estábamos juntando, mientras él continuaba hablando, lentamente, mientras acaso tardábamos en llegar uno a otro porque la bóveda se agrandaba o yo también caminaba despacio, mientras la atracción distinta que había sentido en la escalera crecía aún más, y él venía, y hablaba de los astros pronunciando palabras que yo nunca había escuchado, mentando a una raza extraña de hombres ligados a soles remotos, de existencias atadas por hilos infinitos, diciendo que cada ser de la tierra estaba unido al destino de una estrella particular en el universo inacabable y que existía una raza innombrada de hombres que nacían sin rostros, como él, porque sus vidas pertenecían a estrellas que se habían extinguido muchos millones de años atrás pero cuyas luces se siguen percibiendo desde la tierra: una raza de hombres-sombras mezclados a los de rostro concreto, destinada a nacer así, solitaria, a buscar la verdad incansablemente, para morir al comprender que eran fantasmas. Y ahora estábamos juntos, ahora yo intuía que mi existencia era una parte de su camino, que de algún modo yo también pertenecía a esa raza. Su rostro volvía a ser por un instante luminoso, para apagarse pronto, mientras yo apretaba su cuerpo, algo muy raro, impreciso, y caíamos como si él se hubiera concretado para eso, rodábamos y él estaba en mí mucho más que siempre y yo estaba unida a él; una realidad, que en mi imaginación había sido morbosa, era más cercana. Mientras arriba estaba, sobre todo, una estrella que brillaba, crecía. Y él, junto al jadeo, decía casi tiernamente que la caja, que guardara todo en la caja y lo tirara al fondo del barranco. Mientras yo me iba durmiendo y al despertar él estaba muerto.

Y ahora temo enfrentar algún espejo, en los corredores, porque sé que ya no tengo cara. Y tengo miedo porque pronto, en el límite de un día, con un parto silencioso nacerá de mí una sombra: un hijo extraño que perderé pronto, que saldrá al mundo con su rostro y su voz apagados. Hasta que en algún lugar encuentre la mujer y una búsqueda incansable le permita dar con el barranco, encontrar la caja con los libros y los extraños aparatos y los mapas, y pase quizá en esa misma bóveda las noches en vela, prisionero de una luz fantasma, hasta comprender la verdad, hasta llamar a su mujer, hasta cumplir el incesante rito.

Las hamacas voladoras

Primer punto.

Movió la palanca y la gente empezó a girar. La cara de una chica. Un hombre gordo. Una vieja que con una mano se sujetaba el sombrero. Los demás, igual: aferrándose al borde de los asientos de madera. Los había mirado a todos, uno por uno, mientras le entregaban el boleto: alguno tenía una lapicera dorada, sobresaliente del bolsillito del saco, junto al pañuelo blanco; otro, una mancha en la camisa, junto a la corbata gastada; la vieja, una medalla con algún santo; acerca del gordo, no podía recordar si llevaba o no cadena; los ojos de la chica eran marrones y el pelo rubio, suelto. La primera vez que los miraba así. Todos se habrían despertado, esa mañana de domingo, pensando en la tarde, en el momento feliz de entrar al parque desplegando la sonrisa, la plata, de subir al tren fantasma, al látigo, a las hamacas voladoras. Él, en cambio, se había despertado pensando: hoy va a ser distinto. Tres días que lo pensaba, tres mañanas eludiendo la cara del viejo, haciéndole trampas: poner cara de miedo pero burlarse para adentro de esos ojos terribles, dominantes. Y ahora, como siempre, estaba ahí: con los dedos de la mano derecha doblados sobre la palanca de hierro. Dirigía —por primera vez sintió eso: que dirigía— ese remolino de caras que estaba envolviéndolo. Era necesario que la gente se acostumbrara de a poco al movimiento. Se lo había explicado el viejo, la primera vez que le permitió manejar eso que ellos llamaban la máquina. (Segundo punto, inconscientemente). Despacio, muy despacio, la palanca avanzaba sobre esa especie de semicírculo parecido a un engranaje: el trozo de cobre, el contacto, iba entrando sucesivamente en las ranuras. La máquina aumentaba su velocidad. Lo aprendió mucho tiempo después de encontrar al viejo. Él tenía la espalda amoldada a esos bancos curvos, las piernas acostumbradas a replegarse en los asientos, cuando los guardas lo dejaban dormir en los trenes en marcha. Aún se acordaba de muchas cosas: un policía haciéndolo bajar en Aristóbulo del Valle, preguntándole dónde vivía. Alguien, diciendo: la culpa la tienen los padres. Y él había descubierto que sí, que si papá no se hubiese muerto, si mamá... Después, al poco tiempo, otro agente avanzando hacia él, en Retiro. Y esa figura encogida, esa cara de viejo apareciendo de atrás, adelantándose al uniforme y tomándolo de un brazo. Vamos, apurate que te llevan, había dicho el viejo. Él se dejaba arrastrar. Escapando de las comisarías, de las preguntas, de esos patios traseros que había lavado tantas veces, entre los presos, o de esos zapatos que había lustrado cayéndose de sueño, entre las risas de los agentes. Las hamacas volaban bajo. Pero no tan bajo como deberían estar volando, pensó. Las cadenas cimbraban levemente. La chica parecía más feliz. El pelo de la vieja, libre de sombrero, ondulaba. Dentro de un rato va a flotar. El pibe que la seguía iba a tocarlo; la madre del pibe, atrás, iba a tocarlo a él. Todos despreocupados, contentos, ninguno había advertido nada: el movimiento brusco sacudiendo la máquina, al comenzar. Se acostumbraban lentamente —como explicaba siempre el viejo— a la altura, a la

velocidad. Recordaba la cara del viejo (esa cara que los años iban gastando hacia adentro, ahuecándola como una roca, creándole nuevas aristas duras, brutales), y su voz diciendo: estúpido, entendés ahora, a ver, probá. Él probó: con una sensación de torpeza, de inseguridad en las manos. La palanca, demasiado separada, corrió casi todos los puntos de golpe: las hamacas, vacías, estaban allá arriba, girando a la máxima velocidad. Entonces el viejo hizo una mueca, una de las manos se apoyó en su cuello, la otra subió hasta él, golpeándolo.

Tercer golpe.

Lo dio con rabia. El viejo dio ese tercer golpe, y el cuarto, y los demás, con una rabia casi increíble. Pero yo sí debía creerla. Porque desde hace mucho tiempo esa rabia, esos golpes, eran reales, cotidianos, para él. Me ha pegado mucho, me ha pegado demasiadas veces. Desde la vez en que lo llevó al parque y le dijo: vos, por ahora, tenés que limpiar. Y él, con el trapo en la mano, pensaba: poder estar allá arriba, poder subir. Mientras limpiaba los engranajes, aceitaba las ruedas, arreglaba los asientos que la gente rompía. Las caras pasando constantemente, recortándose felices contra el cielo. Los boletos desplegándose en sus manos, durante unos segundos. El viejo en la boletería. Las manos blancas. Las manos grandes de los hombres oscuros o de los marineros. Los sombreros de las viejas. El pelo rubio y el rostro de las chicas, flotando. Dando vueltas. Vueltas. Poder estar allá arriba. Y recordaba esa mañana en que el viejo le había dicho: subí, vamos a probar cómo anda. Porque algo estaba roto y había que tener seguridad. Eso: seguridad. Me estaba usando para hacer las pruebas. Y él había subido. Después de tantos años era hermoso —aunque nunca supo decir qué era, en realidad— sentir esa detenida felicidad de estar subiendo. Se ajustó, lentamente, el cinturón. Acomodó las manos sobre la madera. Yo tenía diez años, o más. El viejo movió la palanca. Él movía la palanca para que subiera yo. La máquina arrancó. Las hamacas tomaron velocidad lentamente. Mucho más lentamente que ahora: en forma normal. Girar. Subir. Girar subir en un apuro envolvente hasta que el parque estuvo abajo. Primero —a pedazos, tratando de ver por entre los hierros de la montaña rusa, imaginando lo que ocultaban los edificios del parque— se preocupó de la Torre de los Ingleses, de los relojes de Retiro que pasaban hacia atrás en círculo, después la avenida y la plaza San Martín, y después la ciudad y después el puerto con los barcos que parecían navegar rápidamente mientras él daba vueltas, feliz, hasta que miró hacia abajo, hacia el parque, y lo vio desierto, largamente vacío, silencioso, sin rostros, sin luces, muerto mientras la velocidad decrecía (movió la palanca: arriba, la velocidad aumentaba) y él, al bajar, se encontraba con el viejo, con los trapos sucios que durante años iban a ser su único trabajo. Y hasta después de cumplir los quince años (aunque nunca supo exactamente su edad) siguió pensando lo mismo que había pensado aquella vez: cómo será de noche, cuando las luces y los rostros. Sobre todo desde aquella vez en que el viejo le dio la orden: Bueno, ahora tenés que manejar vos; yo voy afuera, a los boletos. Cada vez que ponía en marcha la máquina pensaba eso. Poder estar allá arriba, entre la gente, pensó.

Cinco.

Cinco veces había subido, a lo largo de todos esos años. Cada vez que se rompían las hamacas. Primero las arreglaba el viejo: él las probaba. Pero hace poco el viejo le dio las herramientas: vos tenés que arreglarlas, a ver cómo te portás. Y se fue. Durante toda la mañana trabajó, con esa pequeña molestia de la grasa; una costumbre, en sus manos. La palanca estaba desenganchada. Manejó los tornillos, mientras pensaba en el viejo. (El viejo en la boletería, la gente arriba volando; el viejo a la noche, haciéndole limpiar los asientos y las correas y la máquina. El viejo, después, en la piecita, despertándolo temprano para que fuese a arreglar la máquina, cuando él hubiera querido permanecer ahí, dentro del sueño, en ese lugar donde la cara del viejo no era tan terrible y a veces ni siquiera existía). Miró hacia

arriba: los rostros. Un solo rostro circular y sonriente que lo rodeaba cada vez más rápido, una cara que ahora, al mover la palanca, cuando él pasara al

sexto punto

cambiaría de gesto, pensó mientras todos cambiaban de gesto; se mareaban, seguramente, porque ya las hamacas han salido de lo que antes era velocidad máxima, y nadie sabe que antes sólo al pensar diez —cuando la palanca, sobre los contactos, ya no podía avanzar más— las hamacas llegaban a la máxima velocidad. Todo va a ser distinto. Y recordaba la escena: su sonrisa al terminar de probar las hamacas; el viejo, después, preguntando si ya andaban bien. Ya vas a ver qué bien andan, pensó, y dijo que sí, que andaban muy bien. Su cuerpo tapaba la palanca mientras miraba cómo las hamacas, vacías, empezaban a funcionar. Ahora, está pensando lo mismo: Ya vas a ver qué bien andan. Ya van a ver. El gesto de la gente —aunque, en realidad, no podía verlo— no habría cambiado mucho. Ningún grito, hasta ahora. Trató de distinguir a la vieja, a la chica rubia, al gordo. Todo era un círculo veloz. Recién en el séptimo golpe iban a darse cuenta. Pero nadie iba a detenerlo. La palanca la tengo yo. Durante un instante sintió ese mismo placer de subir por primera vez a las hamacas. El silencio, como aquel día, era una cara aislante creciendo en sus oídos, más acá del círculo rápido de las hamacas que giraban a su alrededor. El viejo estaba en la boletería, ocupado en contar la plata, en atender a los que después pasaban a formar cola para la próxima vuelta. La próxima vuelta. Ninguno había advertido nada. Ellos están arriba, yo abajo: puedo decidir. Las caras unificándose; tapando, incluso, la del viejo, haciendo que esa cara esté ahí abajo, y gire, como si hubiese entendido algo, hacia él. Ese viejo bruto lo ha mirado como presintiendo algo. Ahora, avanza hacia las hamacas. Él sabe que la velocidad ha sobrepasado lo normal. Pero van a ir más arriba. Acercate viejo.

Y la palanca saltó hacia el séptimo punto

y la gente, el viejo, todos, pudieron oír el crujido no muy fuerte, pero perfectamente transmitido a través del poste central, hacia abajo, desde las cadenas. No había gritos, pero se empezaban a inquietar. El viejo avanzaba hacia él, enderezando justo al centro del amplio círculo, por la pieza, mientras él se acurrucaba y el viejo sacudía el cinturón. En ese lugar, muchas veces había subido los brazos, primero pidiendo perdón, inútilmente; después, atajándose los golpes, el movimiento de esas tiras de cuero traídas del parque, para arreglar. La hebilla estaba siempre para el lado de su cuerpo. El rostro del viejo, ahora, viniendo hacia las hamacas. La gente, sin gritar mucho todavía, arriba. La hebilla bajando sobre su cuerpo, abriendo surcos, subiendo llena de sangre para volver a bajar y subir girando allí arriba con sonidos secos, crujidos que bajaban y subían, giraba con el rostro de la chica rubia el pelo el tipo gordo de pronto asustado seguramente la mujer tratando de aferrar con una pirueta el sombrero que trataría de escaparse el viejo avanzando con la máquina de los boletos en la mano cerrada sobre la cinta de cuero que se balancea mientras él siente la palanca redondeada en su mano. Yo soy el que puede decidir ahora, viejo. Tu ruina, todo. Los de arriba ya no van a reírse porque cuando dé el

octavo golpe

las hamacas dan un salto, las cadenas giran casi horizontales y ahora sí, el miedo. Vos también tenés miedo, viejo. Estás por entender. El rostro del viejo era una mueca terrible: ya no tengo miedo. El viejo decía que la máquina estaba descompuesta, que la parara. Y que después, en la pieza —eso creyó oírlo, como todo, entre ruido— iba a ver. Eso: en la pieza. La hebilla manchada de sangre bajando a desgarrarle la cara haciendo de su cara esa cosa horrible que había visto cada mañana, en el espejito de la pieza, viendo también la cara del viejo, atrás, más allá del círculo. Y su mano, fuertemente apretada a

la palanca, se mueve hasta el noveno punto y siente saltar las hamacas. Sin mirar hacia arriba oye los gritos, confusamente perdidos. Después, ve la gente borroneada formando una sola cara, la del viejo, allá arriba, girando, amenazándolo mientras el viejo, abajo, quiere cruzar y no se anima. El silencio era algo más real, como una bruma que dejaba pasar los gritos, algún ruido, y a través de la cual veía amontonarse la gente, abajo, la gente que señalaba para arriba, mientras él sólo podía oír ese crujido creciente, ahora, ese jadeo del motor que estaba a punto de quebrarse, de reventar como van a reventar todos, como vas a reventar vos, viejo, y ya no vas a poder volver a pegarme, pensaba, mientras el viejo, entre la gente, encerraba la cabeza entre los brazos, grotesco, y gritaba. La cara del viejo volvía a estar allá arriba, gritando un grito enorme, girando, las cadenas se entrechocaban. Oyó un ruido más fuerte. Le pareció que un bulto oscuro cruzaba el aire. Los gritos crecieron también abajo, subieron, uniéndose a los de ese rostro único, al de ese maldito viejo que estaba arriba. La gente corría. Vio uniformes. Pensó: vengan. Gritó: vení, viejo de mierda, que no van a pararme. Gritó: vengan, gran puta. Gritó: Me queda, todavía, un punto más.

Triángulo

El primero en hablar es él. Dice: Qué pensás. Ella tarda un tiempo en responder. Al fondo, como enterrada en ese hueco de la almohada, está su cabeza, y le cuesta salir de ese pozo en la boca del cual hay una superficie que debe volver a explorar. Dice: Nada. Y comprende que está demorando la respuesta, sin saber bien por qué. Ahora siente la mano, el hueco de la mano sobre su frente y después sobre la boca y en el pecho, bajando hacia las piernas. Una caricia exacta, tierna. Esa ternura que le falta a él, a Enrique, que le faltaba, piensa, mientras dice: nada, otra vez, en ese juego interminable de siempre, que ahora tiene un significado distinto, está demorando algo más importante que otras veces, hasta que él se exaspere y diga lo que corresponde decir.

—No se puede pensar nada —dice por fin él.

Se ha incorporado. Vacilando sobre el codo, que forma un pequeño embudo en la sábana, crece, como una sombra, sobre el rostro de la mujer. Los ojos, como colgados de sus palabras, esperando que ella hable. Como Enrique nunca lo hacía. Él siempre dice sí o no. Él siempre decía sí o no. Alberto la mira. Hay que responder.

—Lo hice. Acabo de hacerlo, Alberto. Entendés.

—Hiciste... qué.

Entonces, ella descubre algo, en la voz. Algo indiscernible: un tono más alto que otras veces, un matiz agresivo. Un lejano parecido, tal vez.

Apagaron la luz. Al rato (la primera impresión fue la de estar soñando) la voz comenzó a crecer como si hubiese nacido dentro de ella, como si alguien hablase dentro de ella, de un modo irreal. Abrió los ojos y la voz continuaba. Enrique, inmóvil, parecía dormir. Sin embargo, ahí estaba su voz: «Sabes por qué lo hice. Porque tengo pensado hasta el último detalle y voy a hacerlo, entendés». Ella cerraba los ojos y volvía a abrirlos. Vio la luz de la calle fija en el espejo, vio el brillo de los muebles. La voz persistía, era un remolino, ya no se iba a detener: «Uno no sabe cómo explicar ciertas cosas. Tal vez porque todo es muy desagradable: llegar, no encontrarte o encontrarte lejos, sintiendo que apenas sos capaz de decir sí, o chau, o cualquier cosa sin importancia. Pero eso lo voy a hacer. Esta noche, me dijiste, vas a ir sola a esa fiesta: cuando salgas voy a estar en la puerta. Sí, sé que podés decir que nunca hice nada parecido, nunca te esperé o te acompañé. Pero vos no me pediste que lo hiciera, querida. Por todo eso lo decidí. Claro que fue difícil: hasta a las pequeñas porquerías se acostumbra uno. Pero también es muy cierto que todo tiene un límite y las cosas llegan a explotar. Al principio fue tu indiferencia: no decirme nada cuando me iba a algún lado con mis amigos. Porque hasta que lo reten, que

le pidan cosas necesita uno de vez en cuando. Y lo principal fue eso: notarte cada vez más fría. Sobre todo que ya la guardaba desde que dijiste chicos no que no me gustan. Y eso era nuevo. Porque recién después de casados lo dijiste. Y así fueron cinco años mordiéndome, querida, pensando que la verdad era que no podías y no que no querías, aguantando esa rabia de que no me lo hubieras dicho. Por eso, ahora lo sé, yo mismo me fui alejando. Ahora, todo está decidido: ya es como si las cosas estuvieran hechas y en vez de pertenecer a esta noche, a mañana, fuesen de ayer, del pasado. Ya fui a esperarte a la salida de esa fiesta y cuando saliste te dije vamos al río, ya me preguntaste a qué; ya te contesté que quería hablarte y que todo debía ser como aquella vez, cuando te conocí, cerca de Núñez, te acordás. De lástima me acompañaste. Llegamos. Entonces yo te quise besar y vos hiciste lo justo, lo que había calculado: saber que no ibas a besarme, sentir tu asco, era precisamente lo que necesitaba para acordarme de todas tus porquerías. Sobre todo me acordé de lo último que me habías dicho: Quiero separarme de vos. Después me fui; dejando tu cuerpo perdido en el río, cerca de Núñez, donde nos conocimos. Después las palabras habían cesado. Pero pudo recordarlas como una pesadilla, al despertar.

Alberto siente frío. Acaba de preguntar: Qué hiciste. Otra vez. Estira la sábana sobre su cuerpo. Es inútil: el frío está en su espalda y no se va. Al principio es una bruma, lenta, envolviéndolo. El rostro de ella, brumoso, se desdibuja en mueca distinta, casi brutal. Su propio rostro —siente— se contrae en un gesto de dolor. Aprieta las sábanas y en el mismo instante siente que algo —y piensa, sin saber por qué, en pasto, en arena— lo roza de una manera tenue, lejana. En seguida, el rostro como hundido, y una molestia, como si estuviera mirando el cielo con los ojos muy abiertos. O el agua. Mientras, allá lejos, oye que ella repite:

—Fue fácil, sabés.

Y ahora es su voz, que también suena como lejana, aquí en la habitación, preguntando: Qué fue fácil, qué... El pasto o la arena vuelven a rozarlo, esta vez tan nítidamente que cruza el brazo derecho tras su espalda, buscando algo. Encuentra primero la sábana, él colchón duro, hasta que vuelve a mover el brazo y lo siente frío, como si acabara de sacarlo del agua. Después, nuevamente la bruma, envolviéndolo, mientras siente el cuerpo duro, rígido, y un rencor extraño, viejísimo, pero no desconocido. Ahora está ahí, en ese lugar lejano, húmedo. El pasto y la arena lo molestan. Y ese rencor, ese odio tiene algo de cotidiano, de familiar. Odia un rostro, dos rostros que se mueven allá lejos, cuando ella se inclina y el hombre pregunta: Qué fue fácil. Mientras él sigue sin saber qué hacer ahora ahí, todo mojado, todo quieto, ojos al cielo o al agua. Y solo, en el río. Ella responde: Hacerlo, fue fácil hacerlo, sabés. Y explica que todo ocurrió de un modo extraño, que una noche, después de apagar la luz, a ella le pareció oír que él hablaba. O que había sido un sueño, una pesadilla en la que él se lo contaba todo. Y que eso lo perdió. Mientras esa voz, allá lejos, vuelve a preguntar: pero qué hiciste, qué iba a hacer, quién iba a hacerlo. Y ella contesta: me iba a matar, entendés. Seguro que se había enterado, aunque no lo dijo. Esa noche yo oí cosas terribles. Ese rostro lejano, esa voz, cuenta cómo él ya lo daba todo por hecho, diciendo que ya todo estaba concluido. Entonces, ella había conseguido ese revólver, esperando que la invitara a ir al río, después de la fiesta. Ella dice: le hubieras visto la cara cuando vino con los brazos abiertos, hasta pensé que quería besarme, que se había olvidado de todo, en realidad. Y la voz, a lo lejos, es una risa, una risa o un llanto. Ella no puede seguir en pie y se está derrumbando, comienza a llorar.

La voz del hombre dice:

—Pero ¿a quién?, ¿a quién mataste?

El cuerpo duro, inerte. La arena vuelve a rozarlo.

—A mi esposo, a Enrique. ¿No entendés?

Lejos, las dos figuras comienzan a moverse. Ella no comprende por qué él, Alberto, la mira con ojos enormes, brutales, y tiene el cuerpo inexplicablemente frío, como si tuviera agua, o arena. Tampoco comprende por qué de golpe la mano de Alberto ha subido hasta su cuello y, mientras una voz distinta pero no desconocida la insulta lentamente, las manos siguen apretando con fuerza, cada vez más.

Kincón

Primero fue como si despertara de un sueño vacío, sin imágenes. Luego, la sensación de ser una figura vacía, apenas un pensamiento gestándose en algún lugar, lentamente. Después, comencé a dar pasos vacilantes, a ser el protagonista de escenas de acontecimientos que, casi con certeza, creía haber vivido antes. No era una similitud, no. De pronto, siempre confuso, yo estaba en cualquier lugar, haciendo cualquier cosa. Entonces recordaba haber hecho algo parecido, antes, pero no exactamente lo mismo: y era necesario que venciera imposiciones, que me moviera por mi cuenta, corrigiendo los errores hasta ajustarlo todo: en seguida la escena recomenzaba y era más perfecta, gradualmente iba asemejándose a ese modelo visible en que se convertía el pasado. Esto no duró mucho tiempo: progresivamente, en ese mundo difuso, me fui concretando. Mi cuerpo fue cada vez más preciso, mis rasgos más definidos. Mis actos ya coincidían en todo con el invariable (y casi explicable) recuerdo, y no tenían nada de balbucientes, y eran erróneos en la misma medida en que fueron erróneos los otros, los que pertenecen a esa vida anterior al sueño del que he despertado.

Ahora, que relato esto, sé dos verdades: sé que esta voz, estas palabras, estos gestos que son simples y perfectas repeticiones (esta explicación de mi voz, de mis palabras, de mis repeticiones), me han sido impuestos y es, de alguna manera, como si me hubieran sido prestadas. Prestadas para que cuente mi historia, mientras camino, mientras comprendo que se tiene que cumplir, dentro de unos instantes, el eslabón que falta para que la cadena que una vez constituyó mi vida quede completa (también) en este mundo espantable en el que estoy a punto de volver a la nada. Sé, también, que todo este lenguaje es exterior a mí, que este acto de narrar mi vida —todo eso que estoy diciendo, justificando— es el único que no puede ser una repetición, el único que no recuerdo. Nunca tuve lenguaje suficiente, me faltaron las palabras para todo y si hubiera debido contar mi historia por mi cuenta lo habría hecho como me expresé siempre, como me obligaron a expresarme siempre: a los insultos, a las trompadas. Hay, en estos recuerdos que estoy obligado a contar, pensamientos o preguntas que nunca hubiera formulado, que nunca hubiera dejado escapar de mis labios.

Decían que mi origen era el Brasil: eso era cierto. De ese país siempre tuve (en vida, en los recuerdos posteriores al sueño) una confusión nada geométrica de caminos, de ramas, de cielo entre follajes. No sé si recuerdo un barco o un tren: sé que era chico, muy chico, cuando llegué a la Argentina. Tampoco recuerdo rostro ni nombre de padres: sólo una blanda caricia, unos dedos largos que un día no vi más, que una vez, cuando fui más grande, me dejaron solo.

Estaba en algún lugar del campo y tuve que salir a buscar la vida, a ganármela. Tal vez tenía quince

años. Lentamente fui adquiriendo costumbres, mañas, retruques y un lenguaje inseguro mezcla de portugués (nunca, en vida, supe que ésa era mi lengua natal), dialecto de estancias, repeticiones de pequeños pueblos bonaerenses, palabras para sacar el cuchillo. Un día —intuyo que siempre se dice así cuando no hay fechas, cuando se quiere señalar cualquier día— un carro me dejó en General Belgrano, cerca de la estación. Acostumbrado al campo abierto, a los pueblos vistos en un sueño, a los caminos retorcidos que conducen a las cosechas, creo que comprendí el borroso significado de la palabra simetría: atraído por las calles rectas, amplias, me quedé.

No es que el recuerdo se confunda, pero me queda poco tiempo. Me están imponiendo palabras, me están obligando a contar mi historia, pero también me obligan a andar por otro sendero, el mismo que atravesé el último día de la vida anterior al sueño, otro sendero donde todo tiene que acabarse, donde quizá voy a quedar hasta que alguien empiece a jugar otra vez con mi sombra, a tejer esquemáticas escenas repetidas. Debo, por lo tanto, adelantar los acontecimientos, apurarme.

De los primeros días enumero sensaciones confusas, miradas torvas, extrañadas. Luego, alguna amistad. Nunca pude explicarme por qué todo comenzó ahí, por qué todo no comenzó antes. Mirando a la distancia parece improbable que no me hubiera dado cuenta, ya, al llegar al pueblo. La palabra «negro» era parte de mi origen y no me llamaba la atención mayormente. Pero fue ahí, en General Belgrano, donde me enteré de que mis manos parecían zarpas, de que mi cuerpo era la exacta reproducción de un mono gigante. Kincón es el sonido a que quedó simplificado ese gorila que apareció una vez, en el cartelón del cinematógrafo, dibujado con una mujer entre las manos enormes, destrozándola. Kincón fue desde ese día mi nombre. La revelación de que era distinto, muy distinto. La palabra que eligieron para señalar que yo era uno más para el pequeño mundo de los solitarios: Banegas, changador, habitante de los bancos ferroviarios; Rodríguez, especie de susto nocturno, reducido a su casilla de madera, siempre a punto de ser desalojado junto con su mujer y sus hijos; otro pibe del que no recuerdo el nombre (Cantinflas, le decían), con su bolsa, sus veintisiete años desfigurados, su rebenque y su baba; hablando entre dientes y cediendo a las burlas, improvisando discursos o cantando para que todos se rieran y, alguna vez, le tiraran monedas.

Una vez alguien me provocó, alcé una silla, hice brotar sangre. De la celda, en la comisaría, pasé inexplicablemente a formar parte del personal de vigilancia. El comisario necesita gente fuerte, me dijeron. Agente Kincón: hasta a mí me daba risa. El hecho es que empecé a pelear contra los malandrines, a ganar un sueldo fijo. Creo que por eso la Juana vino a mi rancho. Ella no era fea del todo, tampoco era negra: por supuesto, la plata. Trajo a sus dos hijos. Después tuvo uno mío y se nos murió, al poco tiempo. Yo me había constituido en el padre legal de sus chicos. Hasta los reprendía yo, hasta alguna vez se me colgaron de los brazos, me dijeron Kincón ellos también, pero muy bajo, como si me estuvieran acariciando, como si fueran, sus voces, esos dedos largos y blancos que me acariciaban cuando era chico. Pero se hicieron grandes y cambiaron: se daban cuenta de la forma de mi rostro y me despreciaban. Querían comer mejor; ocultaron a la Juana cuando se metía otro hombre en mi rancho, o me lo contaban después, defendiéndola descaradamente. Comencé a pegarles, a los tres. Siempre los gritos de la Juana eran más fuertes, más persistentes; me perseguían durante muchas horas. Evitaba, entonces, volver al rancho. Comprendía que ninguna mujer podía besarme, con esta cara, y me quedaba atado a la Juana.

Camino. La curva gira (alguien me impone estas palabras y digo la curva gira). Sigo recordando todo cuanto viví dos veces, todo cuanto me ocurrió por duplicado, por triplicado quizá en escenas informes. No sé si esto que me hacen decir es cierto; sé que es lindo, que me justifica: solo, atormentado, desdeñado por esas palabras que me decían Kincón, sos fiero eh, me fui dejando llevar (o inventé que me estaba dejando llevar) por algún recuerdo primitivo, por alguna figura de ramas, de olor a follaje. Cada vez eran más frecuentes mis conversaciones con ellos, en los bancos de la estación, en la calle del centro a las tres de la mañana. También experimentaba una extraña felicidad cuando alguna noche nos topábamos con ladrones y yo cruzaba el campo, a caballo y al galope, apretando la culata del rifle, o cuando entraba sin miedo a los chumbazos en las peleas de los boliches. Sé que eran ellos (sé que era mi rostro, mi sobrenombre) los que me impulsaban a herir a alguien, a defenderlos. Odiaba. Ahora odiaba a la gente. Los pibes del pueblo, que habían sido mis amigos, estaban creciendo: ya hacían repetir sus discursos a Cantinflas, ya se habían dado cuenta de que me disgustaba verlos hacerme la venia, oírlos decirme buenos días agente Kincón. Por eso, para vengar a los otros (ahora sé que para vengarme de mi soledad) hice aquello: jugaban y me habían visto. La pelota saltaba en el empedrado y fui hacia ellos. Me miraron, descubrieron que no debían decirme nada, creyeron que yo iba a pasar de largo, que me iba a olvidar de que ya sabían por qué me llamaban Kincón. Por eso, desde ese día, rompí la pelota con el sable: me acuerdo, siempre, del ruido a goma rota, al aire en libertad. Me acuerdo de muchos ojos, odiándome.

Todas estas palabras —debo insistir, creo— están lejos de representar mi soledad. Además, la palabra soledad no habla, no puede hablar, del odio que fui dejando crecer dentro mío, del placer elemental que me llenaba al enfrentar el espejo, cuando veía que la Juana y los chicos esbozaban sonrisas al verme ante la superficie brillante. Alguna vez, en voz alta y delante de ellos, pude repetir mi sobrenombre. Kincón, Kincón. En sus ojos, en su interior estaban esas palabras: las mías eran sólo un eco. (Es extraño pero me parece que sí, que ahora hablo yo, que ya no me imponen las palabras y que domino casi todo el significado de cosas, de lugares, de símbolos que nunca hubiera conocido antes. Lo único irremisible es esta marcha, este camino hacia el último acto). La palabra soledad no puede explicar de ninguna manera mi silencio, mis ganas, a veces, de insultarlos a todos, mi rabia (que era la rabia que le tenía a la gente) cuando les pegaba a los hijos de la Juana, o a ella misma, y después debía faltar por dos o tres noches porque sus gritos me perseguían. No podía ser todo ese odio que me llevaba a caminar por la noche, en el pueblo, vigilando los zaguanes, apareciendo de vez en cuando para ver el susto de la gente cuando se encontraba con mi cara de Kincón en la ventana.

Después vino lo otro: lo del día que trajeron a Banegas a la comisaría y le hicieron limpiar los pisos, diciendo que estaba acusado de vagancia. Yo, yo mismo le dije que se fuera. Entonces fue la pelea con el comisario: el sable y la chaqueta tirados por el suelo: el calabozo. Cuando salí, la Juana se había ido. Se había llevado (tal vez por compasión, para hacerme una afrenta, o para dejarme más solo todavía) el espejo. Los pibes, ya de doce y trece años, estaban pero no parecían esperarme. Me pidieron comida y les pegué. Les dije que tenían que trabajar, insultándolos, hablándoles de la gente, de la soledad, de los pisos de la comisaría, del comisario. Se fueron.

Al rato llegaron dos policías y me llevaron otra vez al calabozo. Por el camino los crucé: traían comida, pude adivinar que me habían denunciado. Después, todo transcurrió entre el calabozo y los boliches. A veces iba y les pegaba: ellos, mañosos, inventaban que yo seguía hablando mal de las

autoridades y volvían a encerrarme. (El odio parecía dormido. En realidad, había algo más, dormido: algo que se encierra en una palabra cuyo significado recién comprendo, una palabra que también me están dictando pero que no puedo aceptar, porque seguramente no me pertenece, aunque tal vez defina lo que no sentí nunca, salvo aquella vez, en ese momento que volveré a sufrir ahora, para completar la cadena).

Camino, anoche vine borracho y uno de los pibes estaba en mi cama: lo eché. Protestaron, me dijeron que los dueños del rancho eran ellos, que pronto iba a venir la Juana con otro tipo. Les pegué. Contra un rincón, donde había estado el espejo (donde los había visto disimular la risa), les pegué como si estuviera pegándoles a todos ellos, a todos los que me decían Kincón, a los dedos blancos que una vez me abandonaron.

Ahora es la mañana y ellos acaban de irse. Dentro de un rato vendrán a buscarme, por eso he salido a encontrarlos. Ya llegan. Los pibes no disimulan más delante mío: conducen a los policías, simplemente. Los agentes vienen con el sable, que una vez tuve en la cintura, y el mismo uniforme con el que yo aparecía de noche, por los zaguanes, o tiraba trompadas volteando ladrones. Pero hay algo distinto a siempre: ahora sé que ya no siento ni cansancio ni odio, sino todo eso junto: las ofensas, la certeza de estar solo, de sentirme nombrar desdeñosamente, de saber que siempre fui una basura, alguien que no sirve nada más que para ponerlo a la cabeza del pelotón cuando se entra a un boliche donde hay tiros, mientras se lo compara con la figura de un gorila, pensando, risueñamente, que su origen es el Brasil.

Vienen (como hace mucho tiempo, antes del sueño). Son tres y llevan sable. Camino y estoy desarmado. Corro y les grito que no, no van a llevarme, son todos una porquería y si quieren vengan y peleen y corran como corren ahora hacia mí, hacia mi cuerpo, mientras parece que los chicos se ríen, hasta que se quedan un poco asustados de mi rostro (que a lo mejor ya no causa risa, ni repulsión) y miran cómo arremeto contra los sables, cómo me aferro a la tierra y esquivo los amagues, el aire que cortan los filos, cómo me siguen cortando y mi cuerpo, mi cuerpo distinto de Kincón se debate y los ojos de los policías que una vez fueron a pelear detrás de ese cuerpo continúan sorprendidos y las manos se obligan a subir, a bajar, a hundir las hojas largas en su carne, muchas, muchas veces, mientras antes de caer el monstruo sigue, como la primera vez, lleno de sangre y en pie, bramando, esquivando los sables, bailoteando.

El embudo

Porque todo empezó al subir al colectivo, cuando los dos hombres que habían subido detrás de mí se pararon al lado de mi asiento, y uno de ellos, el policía, dijo: haga pasar a ese hombre. Y yo obedecí. Yo, que generalmente suelo exaltarme cuando me hablan en tono autoritario, y protesto. Oscuro, un poco sombrío, el hombre se acomodó en el asiento: sus ojos ya no se apartaron de las casas que, tras la ventanilla, se deslizaban con velocidad. Y lo extraño es que el policía, en vez de sentarse, se ha quedado en el pasillo: una mano afirmándose en el asiento de adelante; la otra, en el respaldo del mío, haciendo que su brazo roce mi hombro; su cuerpo choca con mi costado en cada sacudida. Y en el momento en que yo me preguntaba qué ocurría, verdaderamente, he sentido otra vez que eso está al fondo, donde el camino cumple su misión de embudo. Al fondo y ahora aquí. Veo figuras que caminan por senderos abiertos entre los árboles, marcados en el pasto, y a mi alrededor crecen los pabellones altos, silenciosos, con techos de chapa y paredes sucias, gastadas; y entre los pinos hay un susurro tenebroso, inquietante, como una voz humana quejándose en la altura. Mientras, las figuras sombrías, lerdamente, continúan pasando, o permanecen recostadas contra las paredes, mirándome, aceptándome como si yo no fuera un extraño, repitiendo todas un solo gesto, tenazmente, un gesto terrible y a la vez simple, pero maniático, inacabable como los de un autómatas descompuesto: alzando voces que se unen; gritando confusamente algo que no logro entender pero que se acerca y me envuelve, familiar, reconocible, como un llamado. Como un sueño. Un pesado sueño del que apenas logro salvarme con esfuerzo, tratando de mantener los ojos abiertos —aunque no sé, en realidad, si los he tenido cerrados—, de aferrarme con la vista a esas cosas concretas que son los asientos del colectivo, las manos de la gente, el uniforme del policía, ese rostro quieto. El conductor con la vista clavada en el camino, hacia adelante. Mientras el colectivo avanza despacio: lucha con el calor, con esa selva que inventa el sol, desparramándose sobre el asfalto, sobre los rostros que se tienden a morder la soledad, allá al fondo; en ese lugar que no conozco, entre los árboles. Nos acercamos y da risa, o rabia —al cruzar unas vías mientras un largo cerco se pierde, al costado—, ver a todos estos tipos, tambaleándose adentro, como péndulos, sobre sus asientos, tratando de que no se les caigan las valijas y los bolsones. Apretando. Da risa, también (aunque no sé cómo, por qué), y rabia, ver sus caras solemnes: llenas de importancia. Cuando uno está adentro, digo: cuando alguien está definitivamente adentro, del otro lado, ya no le importa nada esa visita semanal, ese dispersarse rutinario de camisetas limpias, de cigarrillos, de medias remendadas. Ellos están ahí, en el fondo, recostados en las paredes o tendidos en el pasto. No esperan nada. Salvo cuando uno sabe que todavía no terminó de cruzar, no está del otro lado, y entonces sí piden ayuda, gritan, ahora mismo estarán gritando, ahora mismo o dentro de un rato estarán gritando saquenmé, saquenmé, por favor, pidiendo que me salven mientras todos estos imbéciles, sordos, avanzan como un ejército de salvación,

de humanidad, con ese mismo gesto de importancia dirigido hacia mí, mirándome ahora, como si yo hubiera hecho un ruido, mientras el policía me ruega que me calle. Como si hubiese gritado.

Hasta el hombre de rostro oscuro me ha mirado. Después, ha vuelto a achatarse contra la ventanilla, bajo la mirada del policía que sigue ahí, también él importante, vigilando. Los ojos prepotentes; los labios apretados, obligando al otro a mantener la vista baja, como atemorizado. El policía me mira y lo mira. Entonces, esas figuras, vuelven. Eso extraño, que comenzó al subir. No sé cómo se llama esto, pero sé que de vez en cuando sucede: que basta que dos personas se encuentren para que un secreto puente trasplante los recuerdos de uno a la mente del otro. Ese uno es él, y he descubierto la verdad: lo llevan. Mejor dicho: lo traen de vuelta. El conductor, de golpe, ha levantado la vista hacia el espejo y lo ha mirado; diciendo eso, con un grito: La Granja. Preguntando: no te bajás acá, che. Y había burla en sus palabras: una tremenda burla que se ha extendido a los pasajeros, que no ignoran nada. No te bajás acá, che, han repetido algunos, y de pronto he intuido —he recordado la verdad. Hay una escena borrosa, casi irreal: primero, están ahí otra vez los pabellones sombríos, los rostros con gestos inacabables: ahora noto las figuras enteras: las ropas también son oscuras, deshilachadas; las alpargatas tienen borroneadas manchas verdes, en la punta. Cruzan personas impecables, de delantal blanco. Todo eso se va alejando, ahora. Las sombras envuelven una figura lerda que camina torpemente, como un animal cansado, por un sendero abierto en el pasto, entre los altos pinos. Internándose en el crepúsculo con la cabeza baja, hasta llegar a un hueco, en el alambrado. Lo atraviesa. Cruza la zanja. Ahora está plantado en medio del asfalto. A dos cuadras, en la entrada, el colectivo arranca, rumbo a La Plata. Los faros se acercan. Tiende la mano y el colectivo se detiene. Una vez, hace unos años, cuando lo traían —cuando el colectivo iba para el otro lado— él había intentado retener en la memoria el nombre de todas las palabras. Sólo recordaba dos. En La Plata, estaba ese tipo que había dicho hay que internarlo: no podía ir. Dijo: un boleto para La Granja. En el espejo inclinado del colectivo, se ve los pies, la punta de las alpargatas; ahora podrían descubrirme, piensa, y hunde la cara entre los hombros porque todos —siente— lo miran. Hasta que reconoce un edificio; lee «La Granja» en un cartel, y se baja. No sabe, por supuesto, dónde irá a parar. Lo importante es escaparse, dejar atrás los pabellones siniestros, ese infierno que es el manicomio. Ya encontrará la manera de llegar a su pueblo. El colectivo, en la última claridad del crepúsculo, seguía hacia La Plata.

Pero, ahora, es La Plata la que ha quedado atrás. Y también La Granja. Mientras el policía nos sigue mirando y ellos han dicho no te bajás acá, che, para burlarse, y él no ha dicho nada. Simplemente ha hundido más el rostro, achatándolo contra la ventanilla, como asustado. El policía, moviendo la cabeza, ha dicho: no, no se baja acá. Pero me lo ha dicho a mí, como si yo hubiese hecho algún movimiento. Que hay que seguir, ha dicho. Y me mira. Lo mira. Nos vigila. Y da pena —rabia— pensar que es inútil que ese hombre, al bajarse del colectivo, queriendo huir del manicomio, haya caminado por calles polvorientas —porque las escenas han vuelto, estoy recordando—, calles laterales que no conocía, que sólo servían para alejarlo de los pabellones sucios. Hasta que es la noche —la totalidad de la noche— y ya es imposible seguir caminando. Siente hambre y ve la luz de un bar. Se acerca. Ha dado vueltas y no sabe que está nuevamente cerca del camino. Se sienta; pide algo. Entonces entró el policía y miró las alpargatas pintadas de verde en la punta y dijo: vamos que te deben andar buscando. Y se lo llevó a La Plata, anotando su hazaña en alguna seccional pródiga de ascensos. Ahora, en el mismo colectivo en que los otros van a cumplir sus visitas, lo trae. Mientras los otros preguntan y el policía también se ríe. Y vigila. Nos mira. Me mira como si temiera que ese hombre vencido, derrumbado ahí, entre el vidrio y el asiento, pudiera revelarse y atacarme. Pero siento que no debo confiar en él, aunque vigile para que no

me pase nada.

Pero el nombre, de pronto, ha elevado el rostro, y lo ha vuelto hacia mí, murmurando algo indescifrable. Levantándose. Lentamente, entre miradas de burla, ha cruzado el colectivo. Este se detiene y el hombre se baja. No sé qué hace el policía. Está ahí, como atontado. Como si la frialdad con que el hombre ha decidido no llegar al final, volver a escaparse, lo hubiera dejado mudo. Incapaz de dar un paso. Y sigue como un estúpido, con la mirada clavada en mí. Me doy vuelta, la sorpresa hace que me dé vuelta, y aunque el policía se mueva casi al mismo tiempo, como para detenerme, alcanzo a ver al hombre que, tras el vidrio final, va disminuyendo. Mira el asfalto, lo mide casi, como despertando de un sueño. Después, comienza a caminar: solo, al sol y vacilante. Mientras en el colectivo alguien habla. Alguien dice: qué curda tenía, se pasó como veinte cuadras. Y yo debo otra vez hacer esfuerzos, atarme a los objetos, porque esa zona fantasmal y conocida avanza sobre mí, impidiéndome entender por qué otra voz dice: Sí, qué curda, se tendría que haber bajado donde le dijimos, en La Granja. Como explicándole a alguien que no está en el secreto. Agregando algo que tampoco puedo entender: un poco más y ése va a parar adentro, también. Adentro es el fondo, el final del embudo. Porque todo eso ha vuelto: concreto, insoportable. Vuelve el interminable alambrado, el portón. Ya se ven los altos pabellones sucios, los techos de chapa, el viento silba entre los pinos. Todo es demasiado real. Y ya es inútil frotar los pies contra el asiento, tratando de borrar la franja verde. La misma que vio el maldito policía que está ahí. Que me sigue mirando.

La tela

Prendió la luz, finalmente. El velador volcó un círculo pequeño, que apenas abarcaba su mano y el tubo con la pastilla. El vaso con agua estaba fuera de ese círculo, en sombras. Imaginó el agua arrastrando la pastilla, atravesando su garganta, y trató de recordar el tiempo, las cosas que lo obligaban a aceptar todo eso: el vaso, el tubo con el veneno. Tal vez eso estaba en todo lo anterior, y él lo sabía (de un modo inasible, pero sabiéndolo) aun antes de aquella vez, en la estación del pueblo. Sin embargo, ese día lo iniciaba todo. Era como la inauguración de una estatua: la estatua empieza a existir, para uno, cuando el intendente tira de la tela que la cubre. Porque ese día el problema era desconocido: bastaba con ver el tren, entrando por la punta de la estación agitada, pálida en el amanecer, oír el temblor de las vías y acercarse, con la valija en la mano y sabiendo que algunos lo seguían con la mirada. Recordar la primera vez que dibujó, casi de memoria, esa misma estación con el mismo tren y alguien, una sola figura esperándolo, sintiendo, como él, el fuego de la máquina brotando abajo, ahora, desarmando ese frío que la mañana inventaba en sus piernas. El fuego rojo contra las vías. La valija estaba en su mano derecha: le costó un poco —le molestó— tener que dejarla en el suelo, para saludar a su padre. Este preguntaba: Así que era cierto que te ibas, nomás. Como si no hubiera estado siempre ayudándolo a irse. Las estaciones del campo, largas. Constitución: un horno de palomas y relojes y gente atropellada. Hasta llegar a la pensión, en el bajo, y escribir: Sí, papá, me fui, y cuando vuelva... Como un desliz, como una pequeña trampa ese: cuando vuelva. Porque a lo mejor nada de eso era lo importante. Se levantó. Quitó la pantalla y la luz llenó la pieza: la cama chica, la mesita y encima el tubo, las pinturas, la tela en un rincón. Sí —pensó, mientras tomaba algunos pinceles, buscando el que había preparado—, lo importante empezó después.

La botella en el barro. Desde ahí. Apareció una noche, cuando ya era necesario resucitar de algún modo la novedad, el asombro de los primeros días. Bellas Artes, La Rábida; ya eran como decir la Intendencia o la cancha Honor y Patria. Hasta esa sensación de importancia se iba desvaneciendo: de pronto, uno discutiendo sobre el escorzo y la perspectiva, en cualquier café, era menos importante que el director de *El Telégrafo* hablando de política con los vecinos, en el club. Hasta que apareció la botella, pensó. Caminaba hacia el bajo; me acordé de papá. Después, fue como hacer el viaje de vuelta: subir al tren, dejar la valija en el suelo y extender la mano. Vinieron las estaciones, el pasto a un costado de las vías, el barro. La botella estaba tirada, como borracha, sobre un charco negro: la parte de arriba brillaba al sol; abajo, se perdía en la mugre; basuras, traídas por alguna lluvia, se amontonaban contra el vidrio redondeado. Y el sol, encima. Uno de esos símbolos indescifrables y pequeños que después iba a buscar

en todas partes: el primero. El recuerdo, esa noche, retenido empecinadamente ahí. Él había subido las escaleras despacio, tratando de retener la botella, como queriendo salvarla. Frente a la tela, en seguida, por primera vez sintió ese vértigo, que lo hacía distinto y que ahora, después de tanto tiempo, tampoco acertaba a definir. Pintó febrilmente. Conjurando algo, como un mago. Remotos antepasados vivían de golpe en él, entre extraños cánticos, entre un rítmico sonido de piedra contra piedra que movía el pincel. Como pintar en la pared de una caverna, llamando a algún dios olvidado y lejano. Nunca supo a qué hora, qué día dejó los pinceles. Una música tenue pero brutal lo animaba, crecía. Siguió creciendo hasta que la botella estuvo ahí, en la tela, limpia, reflejando (alojando) el sol, como una gota aplastada contra el vidrio. Un alivio, algo parecido al triunfo y después —fue entonces, sí, en ese momento, pensaba ahora, cuando lo descubrió— la música había crecido más desarticulada y sombría, parecida al insulto de un borracho. Mientras él (pero no él) pintaba el largo andén de la estación, cubría una parte de la botella, colocaba lenta y sádicamente la mugre, dibujando el charco alrededor. Fue como cuando era chico. Él estaba parado y algo que no veía lo golpeaba de atrás, a la altura de las rodillas, haciéndolo encogerse, casi arrodillarse. Y oía la voz de su hermano: no servís para vigilante. Y de pronto estaba ahí la idea: como un relámpago. Pero dura, tenaz.

Ya estaba frente al lienzo. Ahora podía imaginar, sentir, casi, el pequeño peso de la pastilla, cuando llegara al estómago. Cuando se enteren cada uno se va a adueñar de su pedazo de culpa: no saben, ninguno se imagina que me hicieron un favor. Porque lo de la botella había servido, simplemente, para empezar. Después encontró a Mara y esa idea era más fuerte, lo contaminaba todo. Al conocerla trató de aislarla, de no hablarle de eso. La observaba, siempre, en silencio: buscaba algo que pudiera molestarlo, esa imperfección que había que extirpar. Un día, lo descubrió (por aquel tiempo ya andaba borracho: entraba a todos lados reducido, silencioso). Quiso explicarle: le habló de sus ojos y después de ese leve brillo que hacía menos perfecto el placer de contemplarlos. No lo recordaba todo: simplemente que él se había callado, y el rostro de Mara deformándose en una burla, esa risa, y después él, explotando mientras ella se iba: los cuadros por el suelo y al final su cara contra la cama, hundida, llorando. Al rato, con humillación, él había recordado la escena del espejo: también había trabajado sin descanso sobre la tela. Al terminar, ella miraba el espejo de frente y aparecía detrás. Menos borroneados, sobresaliendo entre un clima de sueño que dominaba el cuadro, los ojos de Mara parecían perfectos. Después, nuevamente, una sensación, una conocida molestia le había recorrido el cuerpo. Y la mano, como poseída, manejaba un poco más el pincel, sobre los ojos. La escena seguía siendo la misma. Estaban ellos dos, como de niebla, y el espejo; y los ojos: pero en ellos (en los ojos), como si alguien hubiese revuelto con un palo el fondo de un pozo, había algo oscuro, nauseabundo. Y al tiempo, una noche, entró al café, acercándose a la mesa. Posiblemente se comentara una exposición cualquiera. Instintivamente, esperó que estuvieran casi todos, mientras tomaba y se iba entorpeciendo y les adivinaba la lástima o el desprecio, cuando lo miraban. Mara estaba ahí cuando él adelantó su cuerpo, acercándolo más a la mesa y empezó a hablar, con un tono que estaba entre la risa y el llanto. Primero trató de ser espontáneo, sarcástico: dijo si se creían dioses. Lo miraron y sintió que era torpe, que algo, en medio de una bruma, deformaba sus palabras y las hacía ridículas. Preguntó si todavía nadie se daba cuenta. Entrevió los gestos, las señales secretas: Mara desapareció tras el hombro de alguien, como con vergüenza. Se había parado, tropezando, y todos se reían cuando dijo: —Hay cosas que no se pueden rescatar.

Tenía un pincel grande, de pintar muebles, en la mano. Sin apuro. Le gustaba —porque esa escena la

había imaginado muchas veces, hasta decidir cómo iba a hacerlo todo— ir despacio. Los ritos exigen cierta ceremonia, pensó. Sin atender a los colores, sin mirar el cuadro terminado que iría cubriendo, ocultando con esa pintura marrón, movió el pincel sobre el rincón derecho, arriba: uno de los pelos, desprendido del pincel, quedó estirado, una raya negra sobre el color marrón. Recordó la puerta de calle, escaleras abajo, aquel día, cuando la enfrentó. Defensa al doscientos, había leído en el diario. Ahí estaba, recién pintada, marrón y con una línea negra, un hilo pegado bajo el llamador de bronce, y él, antes de ver lo demás, había pensado que sí, que la pieza le iba a servir. Después, subiendo, lo había fascinado la escalera: los escalones anchos, como umbrales, un extenso descanso en cada entresuelo, la baranda cavada por los años en raros firuletes, le conferían cierta voluntaria lentitud. La mujer iba adelante pero al llegar al segundo piso ya no existía, borrada por el largo pasillo en sombras. Tampoco iba a existir después, cuando le trajera los platos de comida. Porque ese día comenzó definitivamente todo. Él dejó el caballete y la tela en el mismo lugar en que estaba ahora. Una sola tela y los pinceles y las pinturas. El tubo con la pastilla. Cerró la puerta. El vértigo comenzó ahí.

Nunca supo (nunca se preguntó) cuál era su propósito. Al principio, durante varios días, intentaba conocer la casa. El baño daba a la pieza, él nunca salía de ella. Pasaba horas recostado, recordando la puerta y la escalera, inventándose todo lo demás: los otros pasillos, los techos, los recovecos donde alguien preparaba las comidas que iba trayéndole la vieja. Trataba de hundirse en la casa, de estar en el centro de ella hasta sufrir la presión total, como un punto donde convergieran, descargando su peso, todos los puntos del edificio. Una sola vez, agotado por esa reconstrucción tenaz, había abierto la ventana: en la noche, a todo lo alto y ancho de sus ojos, lo había asaltado un enorme paredón gris, adornado de pequeñas banderolas. Al cerrar, comprendió que los días iban a empezar a existir a través de esa ventana: un rayo de luz y el día, el rayo se borraba y la noche. La ventana, el único reloj. Lentamente había ido destruyendo la casa, reduciéndola a esa pieza. Al principio los intervalos de luz y oscuridad eran largos: tardaba en aparecer, tardaba en borrarse el rayo que atravesaba la ventana. Después, mágicamente, se unificaron. A veces, entorpecido por la vigilia o el sueño, no los hubiese podido discernir. La primera etapa de esa búsqueda que antes había abarcado la casa —lo descubrió de golpe— se reducía a esto: llegaba a su fin. Alrededor de él creció, de pronto, un largo pozo, una galería vertical. Un sueño oscuro en el que forjaba cuadros, laboriosamente. Primero, mientras estaba despierto, tomaba la lámpara por el pie y dirigía la luz sobre las paredes, sobre el techo, la detenía en los rincones, minuciosamente. Fue descubriendo manchas, monstruos que crecían en las manchas, objetos apenas dibujados. La ventana, luz y sombra, lo decoraba todo. En el sueño, esas manchas, esos colores, se combinaban, iban representando algo, convirtiéndose en signos de algo más remoto y deseable. Un día, en la vigilia, vislumbró una raya tenue: le pareció levemente conocida, anterior. Entró el sueño: vio colores, la raya apareció circundada de un tono indefinible y de pronto fue, sin dejar de ser raya, la botella: limpia, el barro había quedado atrás. Despertó, esa primera vez, sabiéndose más cerca de eso que no podía definir pero que —lo sintió— pretendía alcanzar. Otro día, en un rincón, una simple mancha adquirió relieve: los ojos de Mara, el pozo de agua perfecto; no sólo sin alterar sino sin fondo, total. La luz y la sombra, por la ventana, seguían marcando el tiempo. Ya no hacía falta encender la lámpara. Las cosas brotaban solas. Pasaba el día esperando que el rayo de luz cesara para descubrir, en el último minuto, algo que hacía mucho tiempo intentaba rescatar. Así, apareció el rostro de su padre. Papá estaba en la estación y su cara era de decir que me quedara. No me decía, cínicamente: Así que te vas. Y cosas

más tenues, menos materiales: ciertos olores, la inclinación exacta de un cardo empujado por el viento, cerca de las vías. Todo iba apareciendo y él estaba ahí, dentro del pozo, cayendo constantemente, cayendo mientras las cosas se organizaban solas, mágicas, forjaban cuadros y era como exponer interminablemente en una galería vertical y profunda. Allá, en la boca del pozo, estaba esa ventana. La luz y la sombra sucediéndose, iluminando y ocultando, abajo, en el fondo, eso que esperaba la obra definitiva. El conjuro, la danza. El último detalle del rito. La tela en blanco, al final.

Se detuvo. Miró hacia la mesa de luz, hacia el tubo y el vaso de agua, un instante. Faltaba tapar la mitad de la tela. Por la ventana hacía rato que entraba el rayo de luz. Llegaban ruidos, tenuemente. Era tarde: mucho antes de levantarse de la cama había contestado a la vieja que no quería comer. La pintura no se había deslizado uniformemente: el pincel dejaba su marca a todo lo largo del lienzo. No importa, hace mucho tiempo que no se trata de ser prolijo, pensó. Atrás, ahora, está todo. Al fin había despertado de ese largo sueño. Un dejo de enfermedad crecía en él. Como si de golpe pudieran derrumbarse las paredes, la ciudad misma y él pudiese estar ahí, solo en medio del campo, o en medio del lienzo, con el pincel y los colores en la mano, omnipotente. Esa sensación antigua, ese poder remoto nacía en alguna oscura cueva de su mente y lastimaba, como algo eléctrico, sus manos, todo su cuerpo. Había intentado, primero, ordenarse, ordenar las cosas hasta que volviera el sueño. El sueño volvió. Entró al vértigo con una idea vaga de lo que iba a hacer. Bosquejó la habitación, pintó la mesa de luz, el tubo sobre ella, la lámpara. Después, la ventana: le llevó tiempo terminar la confusión de luz y sombra que entraba por ella, el rayo perdiéndose en el piso, la oscuridad a punto de llegar. Uno a uno reconstruyó los símbolos: no le costó encontrar la primera raya, fija en un rincón. La botella ahí, pura. Y la mancha: los ojos claros. Después todas las demás cosas: los pequeños monstruos de las manchas, conjurando estaciones, voces, el rostro de su padre. Finalmente, la habitación, ese mundo minucioso de sus paredes y de sus rincones estuvo listo. Pintó, por fin, la tela, en el lugar exacto: en la tela pintada amontonó todo lo imaginable. Los colores del sueño volvían, se despegaban de las paredes del pozo y brotaban inusitados, llenos de esos colores, de esas cosas menos materiales que también habían constituido su mundo: una palabra de su madre, el cimbrar de una vara en el aire, la penumbra del lejano cine, en el pueblo. Al final estaba todo ahí, rescatado, intacto. Mi última gran trampa, pensó. Robarle al mundo mi propio mundo y aislarlo. El barro, los gestos que le pertenecían, todo lo indeseable faltaba en el lienzo, seguiría faltando, eternamente. Cumplida la mayor parte del rito, el caos rítmico, primitivo, estaba acabando. Ahora, podría terminar.

Antes de dar la última pincelada —esa que tataría el único hueco por el que aún se veían los colores de la tela— caminó hacia la mesa de luz. Lentamente sacó la pastilla y dejó caer el tubo al suelo, mientras las tomaba, sosteniendo con una mano el pincel y elevando con la otra el vaso. No podría explicar bien, tampoco, qué lo había obligado a levantar ese alto paredón sobre su mundo. Encerrarlo. Quedarme para siempre de aquel lado, con mis cosas, con mi vida, oculto bajo esa capa desigual de pintura marrón. Ahora estoy todo ahí, para siempre. La pastilla, el veneno, harían pronto efecto. Caminó hacia la tela, mojó el pincel una vez más y se quedó esperando: Una leve molestia. Alzó el pincel y fue cubriendo desganadamente el rincón que faltaba. Se demoró un largo rato, hasta que sintió un retorcijón. Ya está.

Avanzó hacia la ventana, débil. La abrió con los ojos entrecerrados. Primero, la hoja con el vidrio. Después, el postigo. La zanja de la calle y un coche, huyendo sobre ella, como un pequeño animal

asustado. Otro retorción, que abarcaba una zona más grande de su cuerpo: una garra abriendocerrándose, más allá de la piel y los huesos. Uno y se cierra y el dolor. Dos y se cierra y el dolor. Alzó la vista: a la altura de sus ojos y, más allá, hacia el cielo, el largo edificio, con las banderolas. Todo ahí, tras esa enorme mancha. Le hubiese gustado ver más lejos, en la noche: el puerto, quizá el río. Todo ahí, rescatado, intacto. Cerró el postigo. No quería morir con la ventana abierta. El dolor crecía, devastador: algo andándole por las entrañas, muchas ruedas, engranajes, destrozándolo por dentro. Con un último esfuerzo intentó cerrar la hoja de vidrio. No alcanzó a hacerlo.

Fue en el mismo momento en que decía, casi gritando: Está todo, todo mi mundo, yo, tras esa mancha sucia, marrón. El vidrio, contra el postigo oscuro, hizo de espejo. El dolor crecía; estaba rompiéndolo, le impedía preguntarse por qué estaba tratando de recordar la tela, de descubrir si faltaba algo importante. De pronto tuvo una certeza, un miedo enorme. Su mundo de aquel lado: La garra abriendocerrándose. Y gritó: en el vidrio, desencajado, su rostro. Su propia cara. De este lado del muro sucio. Más acá del lienzo. Sin cubrir.

Otro héroe

Cuando el oficial pidió un voluntario —uno solo, porque faltan hombres— él dio un paso adelante y dijo:

—Yo estudié ahí, señor.

Nadie le había disputado el lugar. Ahora, en la mañana, camina con la ametralladora al hombro. Dos cuadras y aparece el largo paredón, la torre dominando las casas bajas, los arcos repetidos y minuciosos. Un paseo, ese paseo que terminó pronto, cuando papá levantó el llamador de bronce, bajándolo para despertar cualquier cosa, volviendo al mundo objetos dormidos, rostros en el fondo de los corredores que acomplejan el edificio, pasos lerdos que se acercan a la puerta, temerosos, y preguntan qué quiere, con una vieja voz conocida que parece haberse ido gastando con los años. Su padre no está. Me mandan a cuidar el colegio, contesta él. Y murmura el viejo saludo, haciendo que el padre portero se sorprenda (y lo reconozca a pesar de esa caparazón que el tiempo debe haber acrecentado en su mente), antes de apartarse para señalar, con un gesto, la oficina del padre superior. Cruzó el hall de la mano de su padre; mentalmente repasaba el contenido de la valija, para hacer algo, para no pensar que desde ese momento iba a estar pupilo, prisionero entre altos corredores oscuros: el cepillo de dientes, la colcha blanca con el número bordado, el pijama nuevo. La ametralladora, dice el padre Carlos, acercándose a él y leyendo las siglas del ejército argentino, que siempre ha estado al servicio de la libertad y de la religión, dice después, mientras caminaban por el patio y le recomendaba portarse bien, agregando que su padre iba a venir a visitarlo domingo por medio y para las vacaciones podría ir a su casa, y que ahora dejara la valija en un rincón, cerca de la consejería, y jugara con los demás chicos. Chicos que hay que defender, dice, justo al entrar a la iglesia, mientras él busca la pila de agua bendita y comprende que han pasado por la sacristía, que no lo va a encontrar. Se arrodilla frente al Santísimo para llevar del otro lado el misal rojo, el enorme evangelio que sostenía con las manos, con el caño para abajo, tratando de apuntar hacia el piso, no al altar. En la iglesia desierta el ruido de sus pasos, reforzado por las altas botas, contrasta con el silencioso andar del padre Carlos, ese sacerdote que lo vio llegar, una tarde, hace mucho tiempo, que ahora está abriendo una puerta y le dice que él ya debe saber cómo se llega. Y que allá, arriba, es el sitio indicado para vigilar.

Apoyarse, primero, en la ventanilla de la torre. Se ven, desiertas, las dos esquinas. Las casas bajas, alrededor. Más allá la ciudad con sus edificios altos y otras torres, en círculo. Estuvo observándolo todo un largo rato: recorriendo los techos, las ventanas, las chimeneas. Ahora, confusos ruidos brotan en algún lugar de la ciudad, hacia el centro. Él se ha erguido: el cuerpo tenso, el caño de la ametralladora apoyado

en el borde de la ventanilla redonda. Vigilando las dos esquinas, siempre. Las esquinas que ha visto tantas veces, desde ese mismo lugar. Subía, lentamente, antes de la novena, para anunciarla: al llegar se colgaba de la cuerda; las campanas, sonando arriba, lo aturdían y entusiasmaban; colgado, impetuoso, tiraba rítmicamente. Un ruido lo aturde: un avión a baja altura, despacio. Pueden verse las iniciales pero es inútil; nadie señaló en qué se distinguían los aviones leales de los aviones rebeldes. Otro ruido: gritos, en la mañana, a lo lejos. Prepara todo su cuerpo. Algo, un temblor indefinible, le recorre la piel. Le gustaría hablar con el padre Carlos. Los chicos están en el patio. Él jugaba. En la punta del corredor aparece el padre Carlos. Él corría a su encuentro, inventando cualquier pretexto, para hablarle. Suena la campana. Los pocos alumnos que quedan (los otros estarán en sus casas, con la familia) se dirigen a la iglesia y el padre Carlos diciendo, desde el púlpito: Hay que defender a Cristo. Era el día anterior a unas vacaciones. Defenderlo a toda costa, de los ateos, de los infieles; ustedes se van a ir por un tiempo, mañana. Otro avión y más ruidos; una avalancha de gritos, acercándose. Se van a ir mañana y el mundo está lleno de tentaciones, de gente que ofende a Nuestro Señor. De esa turba asesina que ahora puede venir a quemar las iglesias, como en Buenos Aires, ha dicho hace un rato el padre Carlos, mientras, al pie de la escalera, lo bendecía. Bendiciéndolos desde el púlpito para que no cayeran en la maldad y conservaran la pureza a lo largo de estos meses durante los que estarán a merced del maldito que está en el cine, en las revistas y en todos lados. También en el ocio, por supuesto, decía el padre Carlos cuando él, despidiéndose, le explicaba que en su pueblo no había cine. En el ocio, en las siestas, cuando él se tendía bajo los eucaliptus, en esa larga calle por la que se entraba a su casa. Y había que combatir al demonio, desechar los malos pensamientos. Era necesario trepar, subir hacia lo alto de la torre, de rama en rama, con la honda preparada, mirando el cielo (el cielo que cruzan aviones, gritos), preparada para tirar en cualquier momento, tensa. Tenso contra la ventanilla redonda, desde lo alto, dominando las dos esquinas del convento, el patio, el campo, los cuatro puntos cardinales por donde la revolución está floreciendo. Mirando por entre las nubes a un Buenos Aires lejano, donde el dictador va a caer. Vigilando atentamente un nido, cualquier lugar por donde puedan venir a posarse, por donde puedan llegar las fieras enardecidas por la derrota, parándose en una rama, profanando a Cristo. Entonces se oyen pasos, un bulto cruza la esquina. Los nuestros van a tener una cinta blanca en el brazo, había dicho el sargento. Cruzando de una rama a otra, el primero. Tirar.

Lo de la cinta blanca lo pensó después, cuando el cuerpo estaba como colgado en el aire, atravesado por las balas que antes habían volado un vidrio, corriendo a lo largo de la pared del frente hasta llegar a la esquina, donde el cuerpo las detuvo, donde el rostro se descompuso de golpe en una mueca como de preguntar cualquier cosa, mientras él gritaba: alto, deténgase; y el cuerpo se derrumbaba como una mancha creciéndole en el estómago, y más arriba, en el pecho, las manos tratando de cubrir la herida que lo destrozaba por todas partes. Ninguna cinta blanca. Entonces, él, tras el gatillo, había comenzado a estremecerse. Ahora, temblando, esperar. Saber que ese estremecimiento podía ser el horror, o el miedo. Y algo ordenándole resistir, hasta que todo sea más fácil, una costumbre. Durante un tiempo todo, en las cercanías, permanece en silencio, sin movimiento. En la esquina, despatarrado sobre los adoquines, con la camisa rota, el muerto. Después, pero muy lentamente, como demorándose con un fin desconocido, se abren y cierran ventanas. Exclamaciones que van declinando, ruido de puertas y, en la distancia, ecos, voces prolongadas, tiroteos esporádicos. Y, de pronto, a cien metros, pasos. Vacila. Mira hacia el patio: desierto. Todos deben estar en la Iglesia; el padre Carlos también, desde el púlpito, diciendo: Sí,

queridos hijos, defenderlo. Al pie de la escalera, antes de bendecirlo, diciendo: defenderlo del pueblo, de la turba asesina. Los pasos, cuerpos invisibles, acercándose. Defenderlo, como los mártires. Casi en la esquina, los pasos. El hombre los ha enceguecido y pueden asaltarnos; es la hora de la lucha, decía alguien. Otra vez ese estremecimiento, ese miedo. La voz, desde algún lugar, diciendo: Asaltarlas como allá en Buenos Aires, quemar los santos como allá en Buenos Aires, luchar, luchar siempre, tirar cuando aparezca el segundo, apoyar el caño contra el muro y enviar directamente las balas hacia ese muchacho rubio que ahora dobla la esquina y al que apenas se le ven los ojos, cayendo mientras el tercero alza un puño, cerrado, como amenazándolo, como pidiendo que tire para caer él también, un gorrión más desde el eucalipto, cayendo, sobre el pasto, allá en el campo, para defendernos del demonio, allá en el campo, donde su padre dice cuidate, preocupado, sin saber que su hijo está en un alto reducto, luchando por él, en la torre, con Cristo, defendiendo las Iglesias, la libertad que ya amanecía, entre las nubes. Mientras caía otro, en la esquina, y los pasos iban hacia otro lado, huían; y él dejaba un rato la ametralladora, tratando de volver a cargarla, después, mientras miraba el patio.

El padre Carlos, desde abajo, rodeado de chicos, preguntando cómo iba todo. Bien, había alcanzado a decir y desde abajo se había elevado una voz mecánica, que se proclamaba en el portavoz de esa lucha; retumbando en los corredores del colegio, escapando. Al volver a su puesto alguien estaba cruzando la esquina y él había disparado. El cuerpo fue un punto oscuro que describía una pirueta; luego, un nudo. Entonces gritó que iba a otro, ferozmente, inconscientemente, y volvió a mirar hacia el patio. Unos muchachos transportaban un Cristo hacia una quinta de los fondos: se fijó en la sombra de la cruz, en el suelo, arrastrándose. Ser los héroes de Cristo, siempre. Un niño corriendo entre malhechores que intentaban robar la hostia que llevaba en su pecho para un enfermo; el niño ahogándose en el río, para impedir que la profanaran. La luz del cine se encendía y hablaba el padre Carlos. Decía a los chicos que tuvieran cuidado al pasar por el alambre. Y miraba hacia arriba, saludándolo. Así, un rato: la esquina sola, con sus cadáveres. Y él sintiéndose cansado: las manos sudando contra la culata, la cara también húmeda, caliente y ese mareo que iba perdiéndolo, hundiéndolo lentamente, mientras sentía cómo su cuerpo, sus músculos iban abandonando esa presión que los había mantenido duros, a punto de explotar en cada ráfaga, cada vez que todos los puntos de su cuerpo se descargaban sobre el gatillo, y el sueño lo iba destruyendo, trabajándolo de a poco hasta dejarlo así, envuelto en esa niebla, allá al fondo. Ese fondo del que lo arrancaron, pero no del todo, los disparos de pronto cercanos, en algún lugar de la ciudad; o un sonido más enorme, una bomba, tal vez, explotando, sacudiéndolo de golpe hasta hacerlo tirar, a él también, al aire, para contestar, para sentirse, todavía, dentro de esa lucha. La bruma persistía aún cuando decidió abandonar la torre. No dejar que tocaran ni las paredes del convento, no dejarlos hasta llegar a la esquina. Cuando llegó abajo tampoco sabía por qué estaba ahí, en la calle. Se lo preguntó y le contestaron disparos, lejos, en el centro. Y de pronto estaba en la calle, sin comprender del todo, pero corriendo, gritando algo de la libertad y de los libertadores, viéndose correr como desde arriba, como si fuera un cuerpo más que él vigilaba desde la torre, oyéndose gritar y enardeciéndose con sus propios gritos, sintiendo que debía seguir en la calle, ahora, hacia la escena misma de la lucha. Esa escena que va a ser toda Córdoba, decía el capitán, ante la tropa reunida. Corriendo con esa consigna que era Cristovence, Cristovence que lo protegía contra la chusma, contra los rostros que caían bajo sus balas, en medio de ese sueño creciente. Tiros, ametralladoras que también están defendiendo a Cristo, a lo lejos, y Córdoba será eso: cuna de la libertad argentina —decía el capitán—, de la democracia; la ciudad que

engendraba héroes que van a cortarle el vuelo a la chusma y van a hacer que Dios vuelva a los hogares de la patria. Y corría. Tirando y defendiendo al padre Carlos. Córdoba arderá en libertad y todos aplaudían. Siguiendo la lucha por el colegio y por las iglesias y por el padre Carlos, mientras bultos cada vez más borrosos cruzaban hacia él, lo enfrentaban para derrumbarse de golpe, en el asfalto, hasta que las calles quedaron solitarias y él sentía que en otro lugar quedaban más calles, abiertas, llenas de enemigos sacrílegos, y todo era cada vez más confuso. Lo único nítido era su propia voz, en medio de los ruidos, gritando.

Ahora gritá, sintió que decía alguien y abrió los ojos —que abarcaron un trozo de cielorraso blanco— y volvió a cerrarlos, sintiendo un golpe, algo que lo derribaba hacia esa oscuridad desde donde su mente apenas había logrado salir con esfuerzo, ese límite donde lo esperaban los rostros, voces gritando, cuerpos como un río tormentoso que se metía en sus oídos, en sus ojos, alejándose y volviendo en una ola inmensa, cada rostro, cada cuerpo repetido innumerablemente, representando cada uno su muerte, con una escena despiadada, continua. Era vertiginoso: cientos de estiletes penetrando a la vez en su carne, en medio de gritos profundos que lo estremecían y lo convulsionaban, un dolor minucioso que lo hacía agitarse, en la cama. Mientras la gente que lo miraba, en el sanatorio, podía recordar la última escena, la rápida escena durante la cual alguno de ellos corría atrás, siguiéndolo, y entre sus piernas abiertas veían cadáveres, cuerpos retorciéndose; hasta encontrarlo, de pronto, detenido, tras dar vuelta una esquina, con la ametralladora saltando en sus manos y enfrentando a los cinco hombres con una tela blanca en las mangas; y él recordaba al Padre Carlos y a Cristo y tiraba, veía cómo los gorriones desarmados se venían al suelo y tiraba contra ese populacho enardecido que venía a incendiar las iglesias y que él, el héroe, debía detener a toda costa, disparando como disparaba, viéndolos caer como caían, mientras Cristovence y una radio proclamaba que la revolución está ganada, que radio-la-voz-de-la-libertad-de-Córdoba-está-al-servicio-de-las-fuerzas-armadas-heroicas, que el tirano ha huido derrotado y que los ciudadanos católicos tienen la obligación moral de mantener el orden, mientras esas extrañas figuras se apoderaban rápidamente de él: los ruidos, la torre a lo lejos y como derrumbada, el padre Carlos diciendo preservar la libertad que nos legaron los héroes a los que podremos pertenecer si la defendemos, aviones o pájaros cruzando un cielo rojizo, el capitán desde el púlpito diciendo hay que defender siempre la tradición cristiana y están en la iglesia y él aplaude. Mientras su cuerpo tirado en medio de los adoquines estaba siendo invadido por miles de gritos, por rostros que se agolpaban en su mente, que crecían dentro de él, que lo insultaban.

Uñas contra el acero del máuser

—Como a las siete ya había pasado el teniente con la camioneta y se fueron a buscar las minas —dijo Caminos, el Cordobés, que ya no paraba de hablar de eso.

—A las siete —dije, por decir algo.

—O cloc —dijo, mirándome, la boca agrandada y los dientes desparejos, blancos.

Se había acostumbrado a decir eso. Se lo había escuchado a Raquel, un día de visita. Yo le había prometido a Raquel escaparme, esa noche, y le estaba diciendo la hora. Más allá los ojos de Caminos se clavaban en su cuerpo. Después de cruzar la puerta, a los diez metros, antes de subir al coche ella se había dado vuelta y lo había dicho, imitando las voces de las series norteamericanas.

—O cloc, che porteño —repetía Caminos—. A las siete o cloc.

El patio de tierra de la guardia era una mancha oscura, con el agujero de las brasas en el medio, como un pozo. Vigilábamos el asado, asomados a ese pozo, y el fuego nos pegaba en las caras que el sol de febrero había hecho parejas, casi iguales. A las siete, pensé. Y fue como sentir de nuevo ese empujón, ese golpe en el brazo; el rebote cauteloso, lento, de la rabia en el cuerpo. Esa voz, el día anterior, a las siete, apenas un susurro saltando treinta centímetros, un susurro a la medida de la baldosa que nos separaba, tan justito, una rajadura rompiendo el borde cerca de mi pie derecho, y el cigarrillo en el medio. El cigarrillo largo, recién encendido, en el suelo, cada vez más gris.

—¿Qué le pasa, soldado, no le gusta que le peguen?

Mi voz:

—No me pasa nada, voluntario Ramírez.

—Porque si no le gusta puede quejarse al comodoro, soldado.

Mi propia voz:

—Entendido, voluntario. ¿Me puedo retirar, voluntario?

—Marche, soldado.

Otra vez mi voz:

—Voy a marchar, voluntario.

Y mis tacos, las caras de los otros enfrentándome en silencio. Las caras de dos o tres porteños, las caras de los cordobeses, más tercas, menos moldeadas por el sol de febrero y marzo, oscuras desde antes. Como la cara del cordobés Caminos que ahora, en el patio de la guardia, también se acordaba de algo que había pasado el día anterior, a las siete, y todos lo mirábamos acordarse.

—Unas yeguas, se trajieron —decía— ,unas ancas así —decía—, una rubia y otra más morocha con el pelo hasta acá —decía.

—¿Estaban bien? —dijo Quinteros, un porteño.

Caminos pareció no oírlo. Desenvainó el sable bayoneta y pinchó un poco de carne. Lo dio vuelta; la grasa contra el carbón. Sonaron tres o cuatro gotas. Un cordobés dijo.

—Tanto cuidar el asado, y se lo van a comer los zumbos.

—Yo siempre rasco un poquito de todo —dijo Caminos—, igual que anoche en el casino. Además dicen que esto en la punta tiene como un veneno, por la grasa de la vaina.

—Entonces dale un pedazo a Laporta —dijo Quinteros.

La cara de Caminos se endureció; a la piel le daba el lento castigo del fuego y era blanda como la de todos; pero los huesos crecían, abajo. Prendí un cigarrillo y pensé en Raquel; esperaría hasta quedarse dormida, tibia, nerviosa, en la pieza de la calle Medrano. Bastaba cruzar la tranquera del fondo, avisar a los del puesto número tres que iba a volver a las cinco, que no me dieran el alto. Cruzar el campo, esperar el colectivo en la autopista. Di una pitada larga, sin soplar el fósforo. Vino el viento y el frío volvió con la voz de Caminos.

—Mirai al porteño —dijo—, tai pensativo. Esa mina te dio algo, che.

Quinteros me sacó el cigarrillo. Pitó fuerte; dos bichos redondos, brillosos, se clavaron en el vidrio de sus lentes. Habló como para ayudarme.

—¿Así que el teniente Laporta te la dio, Cordobés?

Los ojos de Caminos se corrieron de golpe a la derecha, volvieron a recorrernos a todos, quedaron fijos en Quinteros como si hubiera sido el mismo teniente.

—Ya las paga —dijo—. El suficial me preguntó en qué se había ido tanta cosa, anoche. Y el comodoro se va a enterar. Por las minas —dijo, y me miró— ¿viste, porteño?

Quinteros me alcanzó el cigarrillo.

—Qué saben estos negros —murmuró.

—Hablá bajo —le dije a Caminos—, que hoy está de turno. Y decime, a qué hora empezó la joda, che.

—No sé bien, porque yo estaba de guardia. Me llevaron porque no había otro del casino. De no, eligen un porteño, que son más vivos, dicen los ofiches. Más cabritas, digo yo.

Un cordobés me sacó el pucho de las manos. El viento volvió, rasante, y pareció clavarse en las brasas, que nos incendiaron las caras. Caminos explicaba que si no lo hubieran sacado de la guardia no estaría ahí esa noche.

—Justo hoy, que es sábado.

—No te quejés, Unquillo —dijo el que pitaba—, a lo menos le viste el culo a una mina, y encima comiste bien.

—Así, eran —dijo Caminos, describiendo un círculo con las manos—, y eso de la comida también. Ayer noche no comíamos ni los cordobeses. Así que vos, porteño, habrás largado los chanchos.

Me miraron.

—No sé —dije—, anoche no comí.

—Arrastresé.

Lo miró fijo, despacio. Tenía una cara lisita, que se adelgazaba hacia abajo, donde crecía una pelusa rubia, nueva. Él estaba firme; jadeaba, apretaba las palmas de las manos contra las piernas. Oía su propia respiración, por encima del susurro de los otros, por encima del choque de doscientas cucharas contra el plato, por encima del ruido de doscientas bocas. Todos miraban de costado, seguían el movimiento de su

pecho, acompañaban el ritmo del soldado Aldazábal con el ritmo de sus cucharas. Cuando había entrado, saltando, en cuclillas y saltando con las manos en la nuca, habían marcado sus saltos. Algunos se reían.

—Arrastrarse carajo —decía la voz.

Y el ruido era su propio cuerpo, chocando en el suelo. Ahora le veía los borceguíes, a dos centímetros de sus ojos. Respiró hondo; sintió la tierra del piso entrando lenta por nariz, como un humo.

Vio moverse el pie derecho, levantarse apenas, y alcanzó a esquivar la patada en el hombro. El pie le rozó el brazo y al mismo tiempo sintió un dolor agudo, sintió la pata de una mesa incrustándose en su brazo izquierdo. Abrió los labios y los apoyó en el piso, apretándolos hasta que el jadeo se confundió con ese fresco sucio de las baldosas.

—Arrastrarse con el voluntario Molina —gritaba el voluntario Ramírez.

Aldazábal lo sentía, de atrás. Golpeaba la suela de sus borceguíes con alguno de sus pies, cada vez más fuerte. Alzó la vista sin sacar los labios del piso; en la puerta del comedor, a quince metros, reconoció los botines lustrosos de Molina. Empezó a arrastrarse, despacio. En la otra punta del comedor gritaba Molina.

—Pero mire cómo se arrastra el soldadito. Pero dónde se cree que está el soldadito, ¿en un liceo de señoritas? —afinando la voz y después gritando—: Conmigo arrastrarse marche, carajo.

Aldazábal clavó los codos en el piso y miró hacia atrás. Ramírez, encima de él, miraba a Molina, sonriendo. Tenía los dientes sucios, desparejos; el uniforme verde le quedaba grande, parecía un globo mal inflado. Empezó a mover los codos, a oír el ruido de sus propios borceguíes rayando las baldosas; un pucho aplastado le rozó la cara. Molina se había acercado y escupía el piso, medio metro adelante. Por encima del murmullo del comedor —allá, muy arriba, donde estaba también ese olor agrio de la sopa, las caras borrosas— se oía el ruido de la garganta de Molina y el chasquido, seco.

—Ahí está —decía Ramírez, sobre su espalda casi, mientras pateaba sus borceguíes—, que el soldadito limpie eso.

—Bien limpio, carajo —dijo Molina, y afectaba la voz—, como el piso de una facultad.

Se oyeron dos chasquidos, un poco más lejos.

Sin mirar las manchas, a las que se acercaba despacio, Aldazábal empezó a moverse. Mira por debajo de las mesas, calculando los puntos distantes. Un montón de tierra, un poco de comida volcada.

Mientras sentía el primer contacto de su pecho con esa humedad pegajosa que su cuerpo iba alisando, borrando del piso, oyó la voz de Ramírez, que ya estaba cerca de Molina, delante de él, en la punta de la primera mesa.

—Ahora vamos a hacer un concurso —decía—. El que escupa menos se queda sin salida mañana —y le tocaba el hombro al primero de la fila—. Sentados, nomás, sentados. Se dan vuelta y escupen. Empiece usted.

Aldazábal cerró los ojos. Antes había medido el largo del comedor, había contado las veces que tendría que hacer ese largo, ida y vuelta en cada mesa, en zig-zag. Oyó el primer chasquido en el piso. Clavó los codos, aplastó la cara y empezó a arrastrarse más lentamente que antes, para darle tiempo a los demás soldados, a los doscientos chasquidos en el piso que iba a tener que escuchar.

—Te salvaste porque llegó el capitán —dijo Lindón, un riojano.

—De la última mesa —dije—. Che, Córdoba, una seca es una seca. No te fumes todo el pucho.

—Tomá —dijo Caminos—. ¿Qué te pasa? La mina no te trajo cigarros hoy.

Eran las once, tal vez las doce. La oscuridad nos aplastaba los hombros; nos mirábamos en las brasas, como en un espejo. Caminos y otros más se hamacaban en un banco. En ese mismo banco

habíamos estado juntos —Raquel y yo— unas horas antes, a unos metros de la guardia. Había sido como siempre: los silencios que estirábamos, mirándonos, para no gastar demasiado pronto la tarde; las manos juntas, los nervios de sentirnos mirados, vigilados, cada vez que un cabo detenía la vista en Raquel, en las piernas de Raquel. Cuando se fue, el sol se enfriaba en su pelo rubio. La noche, esta noche que ahora nos invadía, crepitando en el fuego, había empezado cuando el bulto de su cuerpo llegaba a la autopista, lejos.

—No —decía Caminos—, si es como yo digo. A lo primero te traen todo por lástima. Después se acostumbran, se visten, andan por la calle dele moverse —movía las manos abiertas en círculo—, piensan mi cocoito está haciendo la conchición, mi cocoito que se encule, pero yo...

—Callate —dije—, ¿vos qué sabes de las minas, payuca? Meta torear y torear y después venís a que te escriba las cartas.

Por encima del fuego, me miró. La luz le daba en los labios húmedos, apretados; los huesos volvían a endurecerse, a tensarse, como saliendo por su cuenta de la sombra que manchaba su cara. La cabeza le nacía de los hombros, clavada de un golpe en el cuerpo.

—Allá —dijo, y cantaba como todos los cordobeses, como el voluntario Ramírez— por lo menos son nuevitas. Frescas. Acá son todas viejas, como anoche. A mí no me gusta la carne cocida. Me gusta cocinármela yo.

Había sacado un cigarrillo arrugado, de alguna parte. Lo prendió con una brasa, que sostenía tranquilamente en las manos.

—Y por lo de las cartas ya podei callarte, le voy a pedir a otro.

—A un porteño, ¿no, Cogote? —le pregunté—, y eso que les tenés rabia.

—A Carnelutti, que es bien cordobés y estudia en la de Medicina.

—Por eso —dije—, es como si fuera porteño. Es rubio y hasta va a la facultad.

Se oyeron voces en el puesto número uno, a veinte metros. El soldado de guardia se presentaba al oficial de turno. Oímos, clarita, la voz de Laporta, preguntándole la consigna.

—Ahí está tu amigo —dijo Quinteros—. Pero contá, che Córdoba, cómo siguió lo de ayer.

Caminos nos miró fija, duramente. Sus manos hacían girar el cigarro; una linterna chiquita en los dedos. Cuando no pitaba la luz se perdía, gris. Miró a los demás, como si no hablara para nosotros.

—Se me para nomás de contarlo. Comieron en la pieza del teniente y cuando se fueron los demás se metieron en el comedor.

—El otro...

—Era el capitán Saravia. Se le caía la baba cuando la rubia le puso las ancas encima.

Bastaba llegar a la ruta y esperar el colectivo. En un rato Ezeiza quedaría atrás. En Liniers las luces se adelantarían con la tibieza de Raquel, esperando casi al final de la calle Rivadavia. Tendría los ojos pesados pero ya no dormiría. Podría estar dos horas con ella si se animaba a salir. Al próximo cambio de guardia, avisarles a los de la tranquera.

Se lo dijo a Quinteros, mientras Caminos hablaba.

—¿Y si te llaman —dijo—, si salta algún tapón o hay un cortocircuito?

—Me juego.

—O si viene Ramírez —agregó—. Dije que no venía, pero. Si lo dejaban adentro, me iba a buscar.

—Che, Caminos —dice—, ¿cuál cargó con la mejor?

—Ese culiao de Laporta. A los dos minutos estaban en bolas y empezaron soldao de acá y soldao de ayá.

—Vos —dijo Quinteros— andarías tropezándote con los calzones —me miró—. No sabía que los milicos se sabían divertir a lo bacán.

—Con negras —dije.

Raquel podía estar bostezando, nerviosa; tal vez miraba el reloj. Sus piernas lisas. En la guardia el viento se arrugaba, se hacía áspero; nada más que las brasas, crujiendo, y el ruido de Caminos, siempre hablando.

—Oílo al negro —dijo Quinteros—, está como para llevarlo a la facultad.

—A Filosofía, a ver las lolas de primer año —dije—. Che negro, ¿sabés lo que es una lolita, vos?

Caminos no escuchaba. Ahora se estaba acordando de Laporta, con la mujer encima. Se le crispaban los dedos; la rabia iba subiéndole por la piel oscura mientras enumeraba las botellas de whisky, los gritos, los discos que le hacían poner para que las mujeres bailaran sobre las mesas, vistiéndose y desnudándose. Laporta le había ordenado el firme, en una de esas. Él ya no sabía para dónde agarrar, porque también había probado el whisky en la cocina. Tambaleando, se cuadró. Laporta se le había acercado, y llamó a una de las mujeres. Descalza —nada más que con los calzones—, la mina se acercó y el teniente dijo que lo tanteara.

—Tantealo —dijo—. Si está al palo, negro, no salís hasta marzo.

Él se equivocó. Laporta le ordenó abrirse el uniforme. Se lo abrió la mujer, despacio. Cuando la rubia llegó a tocarlo él se tiró para atrás.

—Y le dije que no me gustaban las viejas, que las dejaba para ellos.

Fue cuando Laporta le pegó.

—En plena cara, el culiao. Y le dije a la mano: quietita, porque se me iba sola al sable.

Tiró unas maderas al fuego. Nos miró a todos.

—Pero ya las paga. Le dije al suficial y dijo que el comodoro lo va a arreglar.

Me paré. El campo ni se veía; a dos kilómetros, por la autopista, de vez en cuando cruzaba una luz. Aquella grande podía ser la de un colectivo; iba para el aeropuerto y no tardaría en volver. Pregunté si alguno tenía un capote de guardia que pareciese nuevo, de salida. Me estiraron uno. Me acerqué a Caminos. Le puse una mano en el hombro.

—Vos sos muy machito, negro —le dije—. Así cualquiera se las arregla. Alcahueteando a todos nos iría bien.

Alguien, tal vez Lindón, desde lo oscuro, me miró.

Aldazábal, arrastrándose, escuchó el «atencioioooooón» y los tacos del capitán en la puerta ya lejana del comedor. Iba a pararse, pero el borceguí de Ramírez, en su espalda, volvió a empujarlo contra el piso pegajoso, contra su propio overall empapado en esa frialdad viscosa que también sentía en el cuello, en las manos. Por medio metro más —hasta que los pasos del capitán se alejaron hacia el detall— siguió limpiando la saliva de los otros. Ramírez le ordenó algo.

—Parate, porteño —le ordenó.

Lo enfrentó, tratando de limpiarse los ojos.

—Firme —dijo Ramírez, mirándolo de punta a punta—. Ahora está bien sucio. Vaya, dígame que yo lo hice arrestar. Vaya.

Tratando de borrar la mueca de asco que le deformaba la boca, Aldazábal se fijó en Ramírez. Diecisiete, pensó, dieciocho años. La pelusa rubia, tierna, asomando en la cara. Tenés miedo,

cordobesito de mierda.

—A quién, voluntario —preguntó—, a quién quiere que le cuente.

—Firme, carajo —dijo Ramírez—. Cuénteles al que quiera. A cualquiera que me pueda bajar la caña. Al comodoro si quiere.

Los que estaban más cerca escuchaban. Era como un círculo de silencio; el movimiento de los tenedores se veía más allá, casi lejano. Aldazábal se pasó la mano por la cara, apenas tocándosela, sin limpiarse.

—O al capitán —dijo.

—Sí —dijo Ramírez, y su voz era otra vez un susurro saltando la distancia justa entre los dos—, a Martínez.

Aldazábal alzó la voz:

—Al señor jefe de compañía, el capitán Martínez, querrá usted decir, voluntario.

Las manos de Ramírez se abrieron y cerraron, dos veces. Una lámpara se duplicaba, perdida, en sus ojos. Golpeó dos veces el sable bayoneta, que sonó seco, en la pierna. El suboficial de semana había entrado al comedor; Aldazábal vio su figura en el vidrio de una ventana. Debía estar mirándolos. Ramírez lo agarró del hombro.

—Salto de rana —gritó—, salto de rana mar con el voluntario Molina.

Aldazábal se dio vuelta y quedó agachado. En una punta el cabo; en la otra, Molina. Empezó a saltar, lento.

—Carrera mar-cuerpo a tierra —gritó Ramírez.

El cabo lo miraba. Aldazábal se paró y caminó hasta Molina.

—Dije cuerpo a tierra, soldado —gritaba Ramírez detrás de él.

Aldazábal siguió caminando. El cabo entró hacia el detall. Ramírez se había acercado.

—No oye lo que dije, soldado. Cuerpo a tierra, dije. O piensa ir a contarle al capitán que le hice ensuciar la ropita.

Ahora Aldazábal estaba entre los dos voluntarios. Los demás habían dejado de comer. Todos escuchaban.

—No, voluntario —dijo en voz bien alta—; yo no necesito contarle a nadie. Yo me las aguanto solo.

La risa de Molina. Ramírez con la cara encendida, el cuerpo tenso. Tenía los platos de Aldazábal en las manos.

—Conmigo —dijo, y salió a la galería.

El viento golpeó la cara de Aldazábal, aplastó la humedad de la ropa contra su piel. Seguía a Ramírez. Llegaron frente a los soldados que no tenían platos, y esperaban turno para comer. Ramírez lo miró.

—Salto de rana.

Aldazábal se agachó desganadamente. Sentía el jadeo subiéndole otra vez a la boca. Saltaba sobre la punta de sus pies rítmica, pausadamente. Ramírez enfrentó a los otros y mostró los platos de Aldazábal envueltos en la servilleta.

—A ver —dijo—, uno que no haiga comido.

—Haya —dijo Aldazábal.

Ramírez se dio vuelta, como luz.

—¿Qué dijo?

Aldazábal sonrió, contando sus saltos.

Ramírez temblaba. Trataba de hablar y era como si se le atrancaran los labios.

—Pero —tartamudeó, al fin—, pero usted, usted, soldado, ¿va a corregir a un superior?

Aldazábal había dejado de saltar. Seguía agachado; un calor raro, agradable, subía por sus piernas dobladas.

—De ningún modo, voluntario. Pero precisamente por eso, porque es un superior, debe hablar bien. Si no, estos cordobeses brutos cómo van a aprender a hablar.

Ramírez pateó el piso, una vez sola. Aldazábal sentía el viento en la cara; veía el campo y sabía que le iba a ordenar carrera hacia ese lado. El pie izquierdo de Ramírez empezaba a levantarse y se preparó para esquivar la patada. Llegó la voz del cabo: Ramírez se cuadró. El saludo, violento, le hizo caer el birrete. Desde ahí escuchó la orden del cabo: ese soldado, al detall.

—Entendido, suboficial de semana —dijo Ramírez.

—La verdad —dijo Aldazábal, mientras se iba—, la verdad. A estos negros de afuera hay que enseñarles a hablar.

Y todavía se estaba escuchando cuando tuvo que cuadrarse ante el capitán.

—¿Qué le pasa, soldado? —dijo Martínez, haciendo señas de que los demás, incluido el cabo, salieran del detall.

—Nada, señor —dijo Aldazábal.

Y se corrió para atrás: la luz del escritorio le dio en la cara sucia, en la ropa pegajosa, y dijo:

—Saliva, señor.

Antes de que el capitán terminara de preguntar qué tenía en la ropa, en la cara, encajando esas dos palabras como una cuña, entre la pregunta y las palabras que el capitán dijo enseguida, universitario soldado Aldazábal, no uno de esos negros brutos soldado Aldazábal, el mismo cabo se extrañó y me dijo soldado Aldazábal, le daban órdenes y usted no las cumplía —con las charreteras brillantes y los pasos cortos y firmes recorriendo el detall—, si no supiera que hay algún problema yo mismo lo milongueaba hasta matarlo, raro usted tan correcto, soldado Aldazábal —qué problema tiene con los voluntarios, descanso.

Aldazábal estiró el pie izquierdo, dejó las manos flojas. Y el capitán se iba poniendo rígido, la cara parecía tallada a martillazos por la luz que rebotaba en los botones dorados, en las alas desplegadas con el escudo en el medio, mientras Aldazábal se detenía en los salivazos del comedor, aclarando que él sabía que tenía que obedecer, pero que

—Que le contara a quién —dijo Martínez.

Estaba firme; su sombra iba por el piso, subía desde la cintura por la pared, como un recorte de cartón doblado.

—No sé, señor. Me dijo eso. Que ahora que estaba bien sucio le contara a usted o al comodoro. Me dijo: vaya a contarle a Martínez, si se le da la gana.

—Sí —le dije a Quinteros—, lo llamó. Y cuando salió del detall estaba hecho una furia. Olvidate de las salidas por un tiempo, me dijo. Que él se iba a encargar.

—Macanas —dijo Quinteros—, Martínez sabe tratar a estos negros. Vos viste que son los peores, cuanto más bajo el grado. Los oficiales son otra cosa. Ahí tenés a Martínez, cualquiera se da cuenta de que es un tipo bien.

—Por lo menos no dice «haiga» —me reí—. Los suboficiales son la resaca. Qué querés con tipos que

empiezan una carrera sabiendo que nunca van a pasar de subalternos y que cualquier alférez de veintidós años los puede joder. Caminábamos hacia la tranquera. Le había tocado el puesto a él, y como el cabo de guardia no estaba lo mandaban solo para el relevo, sin las ceremonias de siempre. Hasta ese momento no me había preguntado quién sería el cabo de guardia. Cuando Quinteros estaba de enfermero de turno —y su turno coincidía con el mío, de electricista— dormíamos en la sala destinada a los enfermos, casi siempre vacía después del primer mes. Lejos del ruido de la cuadra, de las corridas al baño y al pie de la cama, de los saltos de rana y los cuerpo a tierra antes de acostarse —a veces había que volver al baño, allá en la cuadra, aun después del silencio; entonces éramos doscientos tipos saltando en un rectángulo de seis por tres, amontonados, pisándonos cada vez que tocábamos el piso, cayendo uno sobre otro en cada cuerpo a tierra, doscientos muñecos que movidos por una voz caían y se levantaban, sudando, oliendo y jadeando hasta que los espejos se empañaban del todo, y alguno, el cabo o los voluntarios, escribía las siglas de la compañía, escribía C.I.P.R.A. en los espejos y había que saltar de nuevo, tirarse y hacer salto de rana y jadear hasta que las letras no se distinguieran más, borrar las letras, empañar los espejos una vez y otra vez—, lejos de eso, hablábamos. A veces, hasta tarde. De la facultad, de coches, de mujeres. Ahora la noche se había amansado alrededor; quieta, llegaba como un eco desde los árboles y desde el campo. Parecía un sacrilegio hablar de esas cosas —el capitán, el negro—; mejor hablarle de Raquel, oirme. Me abroché el capote.

—Qué me decís del negro Caminos —dije—, está loco con lo de anoche. Le relumbran los ojitos al pajuerano. Hoy me volvió con lo de siempre; que lo lleve conmigo y le presente

—Algunas amigas tuyas —se reía—. Ya me veo al negro en La Biela, ¿con qué cara lo llevas? Imaginé la escena.

—O en cualquier lugar más o menos —dije.

El colectivo estaría saliendo del aeropuerto. La luz cálida, íntima, de los colectivos vacíos a la una de la mañana; la ciudad, al rato, Raquel. Revisé los botones del capote; los pantalones tapaban bien los borceguíes. Estaba por decir que me iba cuando oímos ruido entre los árboles —ya habíamos llegado a la tranquera— y Quinteros dio el alto. Ahí nomás, estaba el reflector. Lo encendí: tres cabezas salieron disparadas hacia atrás, enormes contra los eucaliptos. La luz destrozaba las caras, las diluía como una lluvia. Pero la voz eludía la luz, la cruzaba, áspera y clara. Conocida.

—Se te acabó —había dicho Quinteros, por lo bajo, antes de dar por segunda vez el alto.

—Cabo de guardia, rondín, soldado —cantaba Ramírez, allá atrás.

Aldazábal se despertó con la mano de Quinteros en el hombro. Preguntó si ya eran las siete.

—Las cuatro.

—A que es el negro —dijo Aldazábal.

—Te llama, dice que vayas a ver la luz del puesto número uno.

Salieron juntos. La noche parecía un brazo apretado, muy fuerte, contra ellos; violenta y fría y tramposa, con el verano escondido muy abajo, olvidado. Una luz, en la autopista, se perdía tras el bulto de la confitería El Mangrullo, emergía de nuevo hacia el aeropuerto. El viento, una chapa de acero, de frente; los borceguíes, un redoble en el asfalto. Lejos, relinchó uno de los caballos del Mangrullo; lo miraron levantarse, neblinoso, informe en ese socavón del campo donde ya alentaba cierta claridad. Daban ganas de gritar fuerte, o de orinar en silencio, por el solo gusto de sentir algo caliente, vivo.

—Un mate —pensó Aldazábal en voz alta—, una taza de café.

—El negro —dijo Quinteros—, pedíselo a él.

Quinteros buscaba un cigarrillo.

—Anoche de nuevo —dijo— gran festichola en el casino. Terminó hace un rato. Esta vez fue el comodoro el que le hizo pierna a Laporta.

—¿Y el negro? Y Caminos, ¿se enteró?

Quinteros no encontraba el cigarrillo.

—Seguro, le tocó dos veces, cuando entraron y cuando salieron. Puesto tres.

Aldazábal oyó sus propios pasos, alejándolo de Quinteros. Oyó el chasquido del fósforo, a su espalda; se tanteó los bolsillos y puteó despacio, como si pitara; dejó salir el vapor de su boca, con los labios apretados.

Se acercaba al puesto uno. Más allá, en el dos, Caminos le daba el alto a alguien. Se lo dieron a él.

—Electricista —dijo.

—Entendido, señor —dijo Caminos—, cincuenta metros más allá.

Ramírez lo esperaba en la casilla a oscuras. Se le veían los ojos fijos como buscando algo en Aldazábal, en su ropa. Una excusa, pensó Aldazábal, y se miró las botamangas del overall que colgaban sobre los borcegués.

—A ver, ingeniero, si arregla de una vez esta luz —dijo Ramírez.

—Entendido, voluntario —dijo Aldazábal.

—Cuerpo a tierra —gritó el teniente Laporta, cincuenta metros más allá.

Y Aldazábal prendió la linterna, en el puesto dos el máuser de Caminos se estrelló contra el piso; el teniente volvió a gritar, Aldazábal descubrió que el cortocircuito lo había provocado Ramírez con un destornillador, el máuser de Caminos volvió a chocar allá lejos. Trabajó sosteniendo la linterna entre el mentón y el pecho, mientras el negro lo miraba. De vez en cuando se le caía una herramienta y desde abajo podía ver los ojos del voluntario fijos en él, esperando cualquier cosa. También llegaba la voz de Laporta, azuzando a Caminos, allá en el dos, y por los ruidos él sabía que Caminos estaba saltando, encorvado, dolorido, mirando al teniente de la misma manera en que él debiera estar mirando al voluntario Ramírez, con los ojos brillantes de rabia, sin sentir el dolor, mirar a ese negro de mierda demostrándole que no tengo miedo, haciéndole recordar lo de ayer, lo del capitán, las dos semanas adentro que se va a tragar por joderme, mientras veía venir el amanecer, afuera, y sus dedos dejaban de agarrotarse, empezaban a trabajar automáticamente con los cables, la voz del teniente Laporta, los borcegués del cordobés Caminos se acercaban, la luz se acercaba, ponía la caja en los tapones, el negro decía que podía ir saliendo y una vez afuera le ordenaba salto de rana mar.

Lo miró. Ramírez, el voluntario, se reía. Aldazábal se agachó despacio, como el día anterior.

Está bien —dijo Ramírez—, no vaya a ser que vaya a contar.

—Saltá, negro de mierda —decía Laporta.

Y por un momento él, el soldado Aldazábal, y el otro, el voluntario Ramírez, se quedaron mirando al teniente y al soldado, ya bien de cerca. El cordobés miraba al teniente, de abajo hacia arriba. Se estaría fijando en los zapatos perfectamente lustrados, en la cartuchera reluciente, en la cara joven recién afeitada, mientras se acordaba del día anterior, en el casino, y él, Aldazábal, sabía cómo iba la rabia creciendo en el cuerpo de Caminos, amontonándose, rebotando en sus huesos hasta morderle la cara.

Lo vieron pararse, mientras el teniente se echaba a un lado. Lo vieron mirarlo de frente, despacio, como si lo golpeará con golpes muy cortos, una y otra vez. El teniente estaba quieto pero era como si saltara, como si rebotara en el piso a las órdenes inaudibles de Caminos. Por fin, vieron al teniente darse vuelta, mirar una vez más al negro, girar la cabeza, caminar sin prisa hacia la guardia. Y en el silencio se oían los tacos del teniente y el jadeo del cordobés parado, con los ojos volviendo lentamente a su cauce y

los pies apisonando lentamente la tierra para que la sangre corriera con normalidad y las manos desarmando suavemente el apretón contra el fusil —el apretón, la presión esa, tan cerca—, el dedo índice separándose despacio del arco del gatillo, despacio, costosamente, como si las uñas se hubiesen clavado en el acero del máuser.

El voluntario Ramírez encendió un cigarrillo. De la tierra subía un humo tranquilo, empezaban los primeros ruidos. Ramírez dejó caer el cigarrillo recién prendido al piso, justo en la mitad de los treinta centímetros que los separaban. Lo miró a la cara.

—¿Qué espera, soldado Aldazábal? —dijo.

Camino se iba despacio, hacia su puesto, con la cabeza enterrada más que nunca en los hombros, el fusil colgando de su hombro por la correa. Su cuerpo cabía entero entre las piernas de Ramírez, cuando yo me agaché.